

# EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Año IV.—Num. 1.223.

Viernes 17 de Diciembre de 1858.

EN PROVINCIAS.

Edición de la mañana.

MADRID 17 DE DICIEMBRE.

El fraccionamiento de los antiguos partidos, de que nos ocupamos en uno de nuestros anteriores números, se hace mas visible cada dia, y en vano se quiere echar sobre él un velo. Las viejas parcialidades políticas no solo han perdido su representación moral, alterado la pureza de su dogma y modificado en gran parte sus principios tradicionales, sino que han perdido su fuerza material, su cohesión y la autoridad tan necesaria para luchar con éxito en el campo de la política. Tenemos un ejemplo en lo que está sucediendo con la oposición llamada conservadora. No recordamos época alguna del sistema parlamentario en nuestro país que pueda presentar una oposición tan activa, tan vigorosa, tan ardiente y tan sostenida como la que hoy hacen al gabinete O'Donnell las fracciones moderadas ó de la liga. Y sin embargo, ¿qué resultados ha producido? ¿qué resultados ofrece para el porvenir? Ninguno, respondemos sin titubear. La oposición moderada ha sido y será impotente é ineficaz, porque no arranca de un partido político numeroso y fuerte por la homogeneidad de sus elementos constitutivos; porque no tiene un sistema determinado que oponer al sistema que combate; porque carece de pensamiento y hasta de objeto.

Digamosos cuál es el pensamiento político que aspira á hacer triunfar la oposición moderada, oposición que ha reunido en confuso desorden, bajo una sola bandera, los principios mas contradictorios, las tendencias mas repulsivas, los nombres mas antipáticos. Digamosos qué pensamiento político puede formular una reunión de grupos y de individualidades donde aparecen mezclados el duque de Valencia y el conde de San Luis, Gonzalez Brabo y Bravo Murillo, Pezuela y Nocedal, Egaña y Benavides, y tantos otros.

Digamosos qué objeto se propone una oposición que en el día del triunfo no podría ponerse de acuerdo para constituir un gobierno viable; porque todos los grupos que la forman querían, y con razón, hacer preponderar sus tendencias políticas y administrativas, ó cuando menos reclamarían una representación proporcional á los méritos contrados en la lucha. ¿Y qué resultaría de tan encontradas pretensiones? Fácil es preverlo: ó una especie de unión moderada, mil veces mas monstruosa, mil veces mas absurda que la unión liberal; una mezcla babilónica de nombres é ideas inefusibles; ó el predominio en el poder de una sola de las fracciones componentes de la liga, teniendo por enemigos á todas las demás. En uno ú otro caso, la situación que resultase del triunfo de la oposición moderada, sería una situación transitoria, violenta, débil, que abriría las puertas á las aspiraciones mas exageradas, que haría posible el advenimiento de cualquiera de los partidos extremos con todas las consecuencias que de aquí podrían originarse.

Nosotros no condenamos los esfuerzos, muy laudables sin duda, que hace la oposición moderada por derrocar un orden de cosas que juzga incompatible con el planteamiento definitivo de los principios moderados; pero si creemos que se equivoca en la causa y en los medios de su oposición. Creemos que una animosidad personal demasiado exagerada contra el general O'Donnell, y una errónea apreciación de las tendencias y de los sentimientos políticos de éste, son los principales móviles de la encarnizada guerra que se le hace. Si el general O'Donnell ofrece gobernar con los principios conservadores, y hasta ahora no se ha separado de ellos; si ha dicho que quiere fundir una situación de estricto constitucionalismo, de legalidad y de tolerancia, dentro de la órbita conservadora; si desea someter á las Cortes su sistema político y amoldarse al filo de la representación nacional, la oposición que aspira á llamarse conservadora no se explica, y mucho menos cuando no espone las divergencias que en punto al dogma político la separan del general O'Donnell, ni presenta como base de sus censuras, el sistema político que quiere sustituir al que simboliza el actual gabinete.

He aquí por qué hemos dicho mas arriba que la liga es impotente y será ineficaz para constituir un gobierno. Todo lo mas que puede considerársela es que logre, poniendo en juego todos sus medios de acción, derribar del poder al conde de Lucena, como consiguió derrocar al gabinete Armero; pero no logrará organizar una situación durable y que cuente con el apoyo de ningún partido ni con la confianza del país; porque la liga no representa un partido, sino la reunión de fracciones antagonistas oriundas del que fué un día partido moderado. Y suponiendo que realice su sueño dorado, que provoque la caída prematura del ministerio O'Donnell, lo cual es mucho suponer, ¿qué ganará el país, qué ganaremos en ellos lo que, profesando las ideas conservadoras, no queremos hacer causa común con la liga moderada? Por otra parte, la oposición á que aludimos contra una inmensa responsabilidad, de que el país no dejaría de pedirle estrecha cuenta, si,

después de la caída de la actual situación, volviéramos á presenciar las rivalidades, disidencias y discordias intestinas que surgieron entre los diversos grupos moderados durante las anteriores administraciones. Al general O'Donnell le quedaría siempre el derecho de decir que el sistema de gobierno que había querido plantear hubiera producido saludables resultados para la nación, si las oposiciones impacientes y sistemáticas le hubieran permitido desarrollarle. Diría, y con razón, que se le había condenado en nombre de intereses bastardos, no en nombre de los intereses políticos ó de partido.

Nosotros, que ni estamos ligados á la situación ni á las oposiciones, que miramos las cosas por el prisma de la mas absoluta independencia, creemos que debe dejarse al general O'Donnell en completa libertad para desenvolver sus planes de gobierno, una vez que las Cortes están abiertas y en ellas van á ponerse á prueba los recursos políticos con que cuenta la situación para cumplir sus compromisos solemnes. Reconociendo en el conde de Lucena las condiciones de aptitud, energía y buen deseo que no podemos negarle, tenemos motivos para esperar que sabrá constituir un gobierno verdaderamente conservador, legal, parlamentario, que es á todo lo que aspiramos. Por eso aguardamos, sin impaciencia, sus actos para juzgarle; por eso, lejos de suscitarle obstáculos, queremos allanarle el camino; por eso, en fin, le hemos aconsejado que se aparte de ciertos hombres que necesariamente han de serle funestos, desposeyéndole de una parte del prestigio y de la popularidad que necesita para consolidarse.

El secretario de la redacción, E. de Soto.

Abierta la sesión de ayer en la alta Cámara á las dos y cuarto de la tarde, y después de leída y aprobada el acta de la anterior, púsose á discusión el dictamen de la mayoría de la comisión encargada de contestar al discurso de la corona.

El señor Calonge obtuvo el primero la palabra, principiando por manifestar que estaba dispuesto á no entrar sino en la discusión de la política general del gobierno; política que él calificaba de vaga é indefinible, por no estar ajustada á los principios y aspiraciones de partido alguno.

Esta vaguedad que su señoría veía en el actual ministerio, estaba reflejada perfectamente en el discurso de la corona y en el mensaje á esta que la comisión había formulado, conforme en un todo á los deseos del gobierno.

Admitiendo el orador como exactas sus apreciaciones, no podía menos de levantarse á preguntar al gobierno qué es lo que pensaba hacer, de dónde había partido y hasta qué punto estaba dispuesto á llegar. Los antecedentes políticos, la historia, en una palabra, de los actuales consejeros, venían en apoyo de su opinión. En el seno del gabinete, cada uno de sus individuos significaba una cosa distinta; desde su presidente, que, en concepto del señor Calonge, puede pasar por el representante de casi todas las situaciones políticas, hasta el señor ministro de Hacienda, que no representa ninguna, hay un abismo insondable, á cuyo fondo no es posible llegar sin inminentes peligros. La situación actual, que ha puesto el veto por incapacidad notoria, en su concepto, á los partidos moderado y progresista, ha aceptado la cooperación de este y los principios de aquel, negando así en la práctica su propia teoría, reconociendo que es bueno lo que calificaba de malo, é imposible el bello ideal de crear un nuevo partido. Pero hay mas: el ministerio del general O'Donnell, que á cada momento condena los excesos del viejo moderantismo, que ha protestado una y mil veces de ideas y tendencias distintas, cuenta, sin embargo, en su seno al señor Posada Herrera, ministerial en las pasadas Cortes y miembro importante de un gabinete moderado sin mezcla. Esta anomalía hacia admirar ayer al señor Calonge, y le ayudaba á calificar con justicia, según él, de completamente indefinible la política de la actual situación.

Y siendo así, añadía S. S., ¿será infundado el que yo crea que ni los progresistas, ni los moderados, ni el Senado, en una palabra, están en el caso de aprobar la contestación al mensaje, mientras que el gobierno y la comisión no den las oportunas explicaciones?

Este es, pues, en resumen, el fondo del discurso del señor Calonge: nosotros le creemos tan frágil, tan destructible, como lo es toda aquella oposición, que se funda mas en el espíritu de partido que en la indestructible lógica de los principios y de los hechos. Solo en una cosa tuvo razón S. S.: solo en un argumento estuvo feliz; y fué en el de acusar al señor Posada Herrera de inconsecuente por haber tratado á formar parte del actual ministerio; por haberse puesto en una horrible contradicción con su pasado, contradicción que solo comprendemos nosotros en el señor Posada Herrera.

A continuación del señor Calonge hizo uso de la palabra el señor ministro de Gracia y Justicia, que la usó para contestar á los cargos que en la sesión anterior le había dirigido el señor marqués de Molins por haber concedido el indulto á dos editores responsables de periódicos.

Después del señor Fernandez Negrete, tocó el turno al señor Luzuriaga, que la había pedido en nombre de la comisión y para contestar á algunas alusiones personales. El señor Luzuriaga declaró ayer, que sin faltar á los principios que hace cerca de cincuenta años viene profesando, aceptaba y apoyaría la política del señor conde de Lucena, que él creía, en las actuales circunstancias, la única capaz de salvar el régimen constitucional.

S. S. no titubeó en declarar ante el Senado y el país, como ya lo había hecho en el año anterior al discutirse el discurso de la Corona, que estaba dispuesto á apoyar la Constitución vigente; pero que no por eso apoyaría en manera alguna la ley de vinculaciones, ni la relativa á la reforma de los reglamentos.

El antiguo senador progresista terminó haciendo votos porque el general O'Donnell llevara á cabo su patriótica obra de gobernar con las leyes y en beneficio de todos; pero advirtiéndole que para conseguirlo debía revestirse de energía.

El camino que el conde de Lucena debe recorrer para llegar al término de las comunes aspiraciones, es espinoso, dijo el orador; muchos que hoy le sonríen como oficiosos amigos, podrán mañana, si no tiene prevision, herirle de muerte. El general O'Donnell debe desconfiar menos y temer mas de los enemigos declarados, que de los aduladores insidiosos.

Así concluyó su peroración el respetable senador señor Luzuriaga: nosotros creemos que sus palabras tienen algun fundamento, y que el general O'Donnell las tendrá presentes.

Un elegante, fácil y elocuente discurso de este cerró el debate, sobre cuyo contenido llamamos muy particularmente la atención de nuestros lectores.

Su señoría se levantó para probar al señor Calonge con cuán poco fundamento había dicho que la política del actual gabinete era incolora é indefinible.

El ministerio que hoy aconseja á la Reina, dijo su señoría, profesa la política monárquico-constitucional que reconoce por base la Constitución de 1845. Convenido de la muerte de los viejos partidos, no titubea en creerse el único capaz de hacer florecer y fecundar los principios liberales, admitiendo á todos los hombres que por las instituciones se interesen, y separándose del estéril camino del exclusivismo y de las recriminaciones personales, tantas veces recorrido por las exiguas fracciones que hasta aquí han gobernado. El ministerio, en una palabra, quiere la centralización política y la descentralización administrativa y municipal; la nivelación de los presupuestos, de lo cual son una prueba muy elocuente los que acaban de ser presentados al Congreso; la libertad y el jurado para la imprenta; el fomento de la marina y de las obras públicas, y por último, el respeto á la ley en todo y para todo.

Acusar al gabinete de poco esplicito, añadía su señoría, es el colmo de la injusticia.

En cuanto á la inconsecuencia tangible que el señor Calonge había notado en el ministerio de la Gobernación por haber aceptado este puesto y servido al ministerio Narvaez, el general O'Donnell declaró que á él no le tocaba defender esta conducta, puesto que era mas propio que lo hiciera el interesado.

Creemos que el señor Posada Herrera, la mejor defensa que puede hacer de su censurable proceder, puesto en relieve ayer, es la de presentar respetuosamente, y en señal de arrepentimiento, su dimisión á los pies del trono. Y esto no lo creemos solamente nosotros: lo cree el general Calonge, que no puede esplicitarse como S. S. es ministro; lo creen las oposiciones progresista y moderada; lo cree, en fin, hasta el general O'Donnell, ó á lo menos demuestra creerlo, puesto que se contentó con cargar sobre los hombros de S. S. el enorme peso de su justificación política.

La hora de la esplicación se acerca: el sol que ha recorrido en un corto periodo de tiempo el espacio de dos mundos políticos, ha llegado á su caso.

Para concluir diremos que el general O'Donnell estuvo ayer elocuente y feliz bajo todos conceptos. «El gabinete que presido, dijo, es una garantía de orden y de respeto á la ley. Nadie, desde que nosotros ocupamos el poder, ha visto allanada su casa, ni atacada su seguridad individual: nosotros no enviamos cuerdas á Leganés, y el día en que la Reina nos retire su confianza, volveremos á vivir á nuestras casas y á sentarnos en los bancos de los legisladores para tomar parte en todas las deliberaciones de las Cámaras.»

Y á la verdad que nos ocurre una observación que dejaremos consignada antes de con-

cluir. Hay algunos personajes políticos que cuando son ministros viven muy á gusto en su patria: solamente cuando son ministros. Si la fortuna les vuelve la espalda, si el vendaval de nuestras luchas políticas les arroja al suelo, entonces la patria para ellos es estrecha, su atmósfera sofocante, sus intereses secundarios. En cambio Paris y Londres les brindan con sus variados espectáculos, con los infinitos recursos que aquellas capitales encierran, y por eso allí van y de allí no vuelven hasta que la fortuna vuelve á sonreírles. Esos personajes políticos a que ayer hizo referencia el general O'Donnell, son tambien legisladores, que solo entran en el templo de las leyes para ir á sentarse en los bancos del gobierno.

La parte mas interesante de la sesión celebrada ayer por el Congreso, estuvo en los debates á que dió margen la proposición del señor Olózaga, de que tienen anticipado conocimiento nuestros lectores.

Solo se hallaba presente en el banco ministerial el señor Posada Herrera, y mas le hubiera valido encontrarse fuera de aquel recinto, para no oír los terribles cargos formulados por el orador progresista contra el sistema electoral de S. E.; y para no verse en el duro trance de contestar con vulgaridades y evasivas escolásticas á los contundentes argumentos del señor Olózaga. Resumamos brevemente la sesión.

Aprobadas sin debate algunas las actas de Aracena, Brozas, Guernica y San Pedro (Barcelona), y admitidos como diputados los señores Delgado, Montesino, Basabé y Badia, se leyó la proposición de que hemos hecho mérito, y que firmaban en unión con el señor Olózaga, los señores Madoz, Aguirre, Sagasta, Calvo Asensio, Gonzalez de la Vega y Ballesteros (don Mariano), concebida en estos términos:

«Pedimos al Congreso se sirva nombrar una comisión de siete diputados que, abriendo una información parlamentaria sobre los hechos de que se trató en la discusión del acta del distrito de Lavapiés, ponga su resultado en conocimiento del Congreso.»

La apoyó el señor Olózaga en un enérgico y correcto discurso, en el que resumió los puntos principales y acusaciones que el mismo señor diputado dirigió al gobierno al discutirse las actas del distrito de Lavapiés, en el cual se habían presentado á votar varios guardias urbanos vestidos de paisano. La argumentación del señor Olózaga cobraba una gran fuerza con la circunstancia, que el orador hizo notar, de no haber sido desmentidos los hechos desde que fueron denunciados, á pesar de los poderosos medios de que debía disponer el señor ministro de la Gobernación para hacer que hubiesen sido refutados, si realmente eran inexactos. Agregó el señor Olózaga nuevas pruebas á las que adujo anteriormente, y que se desprenden de las declaraciones prestadas por otros guardias ante el teniente alcalde del barrio de la Colegiata.

A los hechos concretos, á los cargos materiales formulados por el diputado progresista, y que dan una ligera idea de la especie de influencia moral empleada por el gran elector para triunfar en los comicios, contestó el señor Posada Herrera con razones que, solo atendiendo al sitio en que se espusieron y al carácter oficial de la persona que las alegó, no calificamos de razones de pie de banco.

El gobierno, según el señor ministro de la Gobernación, no tenía por qué apelar á medios extraordinarios de coacción para ganar las elecciones en Madrid, porque nunca pensó en salir airoso de ellas. ¿Y saben nuestros lectores por qué desesperaba el señor Posada Herrera de obtener el triunfo en Madrid? Pues es porque en la corte no tiene simpatías la unión liberal. No sabemos qué opinará de esta afirmación tan absurda el presidente del Consejo de ministros. A nosotros nos ha parecido que el señor Posada quiso decir que él, es decir, el gran elector, no tenía amigos ni simpatías; pero esta confesión costaba muy cara á su amor propio, y prefirió envolver á todo el gabinete en el manto de impopularidad que la opinión pública regalaba solo al señor Posada por mano del señor Olózaga.

El señor marqués de la Vega Armijo pronunció un discurso de muy buenas formas, contestando al autor de la proposición, y encaminado principalmente á manifestar que los documentos y cédulas de vecindad á que se refería el señor Olózaga, no han sido expedidos por empleados de la policía.

La proposición fué desechada en votación nominal por 151 votos contra 20.

Después juraron dos señores diputados.

Continuando en la orden del día, se leyeron varios dictámenes de actas.

El señor Madoz combatió la del distrito de Pravia, cuyo candidato electo es el señor Miranda.

El señor Alonso Martínez apoyó el dictamen de la comisión permanente, relativo al acta precitada, y después de breves rectificaciones, esta fué aprobada, y proclamado diputado el señor

Miranda, contrincante del candidato vencido, señor Lopez Grado.

Se levantó la sesión á las seis y cuarto.

Ayer tuvo lugar en el magnífico palacio del Excmo. señor don José de Salamanca, como habíamos anunciado todos los periódicos, la comida y el té que por espacio de tantos dias ha sido objeto en Madrid de continuados y diversos comentarios.—La hora avanzada de la noche en que escribimos estas líneas, nos impide dar á nuestros lectores todos los detalles que pueden excitar su curiosidad. Esto, ademas, sería muy difícil, porque para los que no conocen el interior del soberbio palacio de Recoletos, no puede haber esplicación bastante en los reducidos límites de las columnas de un periódico, para hacerles formar una idea completa del lujo ostentoso, del buen gusto, de la riqueza y de la elegancia que hasta en los menores detalles pudieran anoche observar cuantos concurrieron á la agradable fiesta de que nos ocupamos.—Baste decir que después de las recepciones que tienen lugar en el palacio de nuestros augustos monarcas, ninguna otra ha podido competir hasta el presente con la que tuvo lugar anoche en casa del afortunado y espléndido capitalista.

El señor Salamanca, que tiene una afición ilimitada por la artes, ha logrado reunir en su palacio las colecciones mas esquisitas de los mejores cuadros de los mas sobresalientes pintores de todas las escuelas conocidas, así como una multitud de magníficos bronce y esculturas, que sorprenden el espíritu al contemplar tanta riqueza, tanto gusto y tanta perfección de las obras mas acabadas del arte. La novedad que se advierte en todos los muebles, en las ricas alfombras, en tanta clase de objetos preciosos como sirven para decorar los innumerables salones de aquel vasto edificio, son ciertamente dignos de admiración. Los que disfrutaron de la amable invitación del señor Salamanca, recordaban anoche involuntariamente el fausto, la opulencia y el esplendor que se cuenta del histórico palacio de los Médicis.—El temple igual y agradable de todas las habitaciones; el claro resplandor que despedían las luces de una variada, profusa y caprichosa combinación de lucernas y candelabros que reverberaban sobre los ricos tapices, sobre los dorados, las sedas que cubren las paredes, y sobre tanto objeto de inestimable valor, así como los acordes y las armonías de la orquesta de profesores del Teatro Real, que tocaba sin descanso las piezas mas escogidas de música; la animación de los convidados, obsequiados y atendidos todos y cada uno en particular por el señor Salamanca, acompañado de su simpático hijo y de su sobrino señor de Carcer, la misma perturbación que ocasionaba la multitud de criados que servían sin interrupción los dulces y los helados mas exquisitos; todo, todo, en fin, contribuía á traer á la memoria los cuentos de las Mil y una noches, y á creerse dentro de un palacio encantado.

Seguro es que no se borrará esta recepción jamás de la memoria de los que concurrieron á ella.

Los convidados á la comida fueron treinta y seis, y estaban colocados en el orden siguiente: á la derecha del señor Salamanca, los excelentísimos señores duque de Rivas, Gonzalez Brabo, marqués de la Pezuela, marqués de Molins, general Blaser, don Luis María Pastor, general Calonge, don Nazario Carriquiri y don José Carcer y Salamanca. A la izquierda: marqués de Viluma, general Lersundi, conde de Puñonrostro, general Sanz, don Antonio Benavides, general Rivero, Nocedal, Orovio y señor don Fernando Salamanca. Ocupaban el frente opuesto á la derecha de la apreciable señora esposa del dueño de la casa, las personas siguientes: príncipe de Gallizia, Bravo Murillo, duque de Medinageli, general Bayona, duque de Ahumada, Lorente, E. Collantes y Belda. A la izquierda: mister Buchanan ministro inglés, conde de San Luis, general Córdoba, conde de Guendulain, conde de Velle, Moyano, don M. Batzallana y don Carlos Calderon.

A la recepción de la noche asistieron, además de las personas enuncias, sobre otras cuatrocientas, aunque algunos creían que había muchas mas. Entre ellas se veían los ministros de Prusia, Suecia, Dinamarca, Holanda, y los secretarios y agregados de las demas legaciones; diferentes grandes de España y títulos de Castilla; muchos generales, literatos, periodistas y hombres políticos, todos de oposición á la situación actual, con excepción de media docena de individuos amigos particulares del señor Salamanca.

En el salon-galería de pinturas tuvo lugar el concierto á que se refiere el siguiente programa: en primer término, el señor

PARTI PRIMER.

1.º. Sinfonía de La Semant del maestro Auber.  
2.º. Duetto Li Marina del maestro Rossini, señor Guglielmi, Sr. Bartoloni.



3.º Cancion sueca en dicho idioma, señorita Leman.  
4.º Concierto de fagot sobre motivos de la *Sonata* arreglado por D. Camilo Mellier ejecutado por el mismo.  
5.º Romanza del maestro Gallinari, cantada por el Sr. Bartolini.  
6.º Terceto de la ópera *Lombardi* del maestro Verdi, por la Sra. de Giulio Borsi y los Sres. Giulini y Llorens.

## PARTE SEGUNDA.

7.º Romanza *La Mère et l'Enfant*, del maestro Donizetti, por la señora de Giulio Borsi.  
8.º Duetto compuesto por el señor Giulini, y cantado por la señora de Giulio Borsi y el señor Giulini.  
9.º Concierto de harpa por la señora de Roalds.  
10. Romanza de la ópera *La Zingara* del maestro Balfe, por el señor Giulini.  
11. Duetto de la ópera *D. Giovanni*, del maestro Mozart, por la señorita Leman y el señor Bartolini.  
12. Terceto de la ópera *L'italiani in Algeri*, del maestro Rossini, por los señores Giulini Bartolini y Llorens.

Maestro al piano, don Juan Skozzopolle.

Todos los artistas que tomaron parte se esforzaron a porfía y todos consiguieron lucirse y arrancar repetidos *bravos* y aplausos de la escogida concurrencia que los escuchaba. La señorita Leman debieron quedar muy satisfechas de los obsequios y de las atenciones del dueño de la casa y de todos los concurrentes; bien que ellas amables y complacientes cantaron repetidamente cuanto se les exigió, haciéndose por lo mismo merecedoras de las lisonjeras demostraciones que recibieron. Los profesores de música del teatro Real, que componían la orquesta, se lucieron también, y el señor Urries, a cuyo cargo parece que estuvo la dirección de este concierto, debe estar lisonjeado por el éxito agradable que ha sabido obtener.

Conociendo el carácter espléndido del señor Salamanca, es ocioso detenerse a relatar la manera como estuvo servido el *ambigü*, situado en los magníficos salones de la planta baja: todos los convidados podían cenar a un tiempo sin molestarse. No faltaba allí el exquisito faisán, los pavos trufados y en jaleína, *foiesgras*, cabesas de javalí, lenguas, embutidos de todas clases, tartas, bizcochos, dulces, pimientos, platos y otras frutas de América; *champagne*, burdeos, borgoña, jerez y otras muchas clases de vinos; té, café y diferentes bebidas frías y heladas, con bandejas de cigarros habanos por todas partes. El obsequio señor Salamanca, con su galantería y su actividad prodigiosa, se multiplicaba acudiendo a la vez a todas partes para complacer existientemente a todos sus convidados: entre estos reinó toda la cordialidad y franqueza de buen tono que era de esperar, lo cual no obsta para que nosotros juzgáramos al ver reunidos a hombres políticos que en tantas ocasiones se han hecho una guerra implacable, que el día que conquistara el poder cualquiera de las facciones allí representadas, volvería a haber la de San Quintín entre los gibelinos y gibelinos que anoche fraternizaban haciéndose mutuamente caricias. Esto opinamos nosotros, aleccionados con la triste experiencia de lo sucedido en los últimos años, durante la dominación de la tándia de hombres gastados que pugnan por ocupar el poder nuevamente, lo cual es muy natural, como lo es también que haya quien se niegue a trabajar para ellos.

Recordamos nuestro propósito que habíamos olvidado por un momento, de no ocuparnos de la política al describir ligeramente, como lo hemos hecho, la agradabilísima recepción del señor Salamanca, y ponemos fin, por lo mismo, a nuestra tarea, felicitando al afortunado capitalista y a su muy estimada señora por las justas alabanzas y pruebas de íntimo aprecio que anoche recibieron de las distinguidas personas que fueron objeto de la galantería y finura de los dueños de aquella mansión deliciosa.

Por mas que los órganos del gabinete insistan en negar la inminente salida del señor Posada Herrera del ministerio, es lo cierto que este rumor corre muy acreditado, no ya solo en los círculos opositonistas, sino entre los mismos amigos y allegados a la situación. Todos, opositonistas y ministeriales, están conformes en la necesidad que tiene el general O'Donnell de descartarse del ministerio de la Gobernación, cuya sola personalidad política basta para enaugar muchas simpatías al ministerio. Tiempo hace que venimos nosotros diciendo esto mismo y mereciendo por ello que los defensores urrados de la situación nos apliquen la nota de *visionarios*. Ahora que la salida del señor Posada va siendo una necesidad imperiosa para el prestigio y porvenir político del gabinete presidido por el conde de Lucena; ahora que todas las opiniones están contestes en pedir el reemplazo del citado ministro, se persuadirán los diarios de la situación de que ellos, no nosotros, *veían visiones* cuando se obstinaban en defender a todo trance la permanencia del señor Posada en los consejos de la corona. En fin, *mas vale tarde que nunca*.

En cuatro distintos lugares de su número de anoche se ocupa la *Correspondencia* autógrafo de la reunión de casa del señor Salamanca. Que no tiene carácter político; que si le tiene, y muy pronunciado; que si le tiene ni le deja de tener; que podrá tenerle, ó deberá tenerle; que si el señor Salamanca ha invitado a estas ó aquellas personas; que si no asistirán aquellas ó estas; que si será espléndida la fiesta; que si tal y cual y qué sé yo... No parece sino que la *Correspondencia* escribe ayer para los convidados al *raut*. ¡Válale Dios, y qué bombo tan completo ha dado nuestro colega autógrafo al señor Salamanca! Probablemente este señor no se acordará tanto de la *Correspondencia*.

Ayer confirma la *Gaceta* las noticias que hacíamos anticipamos a nuestros lectores sobre el nombramiento del señor Moreno Lopez para consejero de Estado y del señor Cos-Gayon para oficial del ministerio de Fomento.

La recepción solemne del embajador de Francia por S. M., tendrá lugar definitivamente mañana a las tres y media de la tarde.

Según la *Correspondencia*, La Iberia ha sido mal informada cuando dice que el ayuntamiento de Madrid ha nombrado un administrador de propios que deberá percibir el 5 por 100 de los veinte millones que por dicho concepto se recaudan. Ha sido nombrado un nuevo administrador por haber dimitido el que egerecía este cargo, y los propios de Madrid no rinden hoy veinte millones, sino cuatrocientos mil reales.

De un momento a otro debe llegar a la capital del orbe cristiano la reina Cristina con toda su familia.

Esta vez el viaje a Roma se ha hecho por tierra y no por mar, temiendo los rigores de la estación. Habitará la reina madre en Roma el palacio de la embajada española.

Anteayer tuvo lugar una larga discusión en la cuarta sección del Congreso, a consecuencia de la divergencia de opiniones sobre la venta de los bienes del clero, en la que hablaron los señores Madoz y Calvo Asensio, Escario, Figueroa y Moreno Lopez.

Al capitán general de las Provincias Vascongadas, D. Diego de los Rios, se le ha concedido licencia para que pueda pasar al vecino imperio.

Algunos periódicos de Londres aseguran que Francia no ha conseguido nada del Papa en el asunto de Mortara.

Hasta el miércoles iban presentadas al Congreso 202 actas, y habían jurado 235 diputados.

El Senado se compone en la actualidad de 250 miembros, comprendidos en este número solo los que han jurado su cargo.

Copiamos de un periódico:  
«El mundo, ha dicho no sé quién, es una fastidiosa, en que, *con mas ó menos luz*, están pasando siempre una misma figura. Un ejemplo de actualidad nos ha convencido de la certeza de la anterior apreciación.

Decía no ha mucho el Sr. Posada Herrera: «Tan mal puede encontrarse mi conducta en contradicción con lo que antes manifestaba, cuanto que por hallarme libre de compromisos, si alguna vez llegara a ser congreso, he tenido la paciencia de no hablar de política ni una vez siquiera en el Parlamento durante nueve años, en que solo me he ocupado de actas y de algunas cuestiones administrativas.» Al oírlo no pudimos menos de exclamar: «¡Ved aquí reproducido el tributo romano; como el antiguo, el moderno Bruto calló largos años!» Aquel es cierto, conquistó el poder con su primera arenga, y este (él sabrá por qué) ha reservado las suyas para después de haberle logrado. No en todo habian de parecerse. Admirémosle de paso la portentosa penetración del señor Posada, que, y durante nueve años, creyó en la posibilidad de llegar a ser gobierno.

El señor Posada dijo en la misma sesión: Cuando un ministro tiene una convicción tan profunda, que todo lo arroja, incluso el poder (por lo visto es lo último que el señor Posada se halla dispuesto a arriesgar), por llevar a cabo una medida política, etc. En estas palabras hemos creído reconocer a Francisco I en su famoso: *J'ai tout perdu hors l'honneur*; solo que para hallarle todo el parecido es necesario mirar vuelto de espaldas. Es una prueba fotográfica de las llamadas negativas; la semejanza con Bruto es mas cierta, mas positiva.

Perdone el señor Posada a un admirador suyo este farrago de erudición histórica, considerando que es un asiduo asistente a las ignorantes tribunas del Congreso de diputados.

Ignoramos el fundamento de la siguiente noticia que hallamos ayer en *El Día*:

«Contrariamente a nuestras anteriores noticias y contrariamente también a cuanto en la época presente podíamos esperar y a cuanto podía ocurrirnos tras de los conocimientos y experiencia adquiridos por los pueblos en el comercio de cereales, parece que la libre importación cesará a fines de diciembre.»

Por toda la sección de sueltos,  
El secretario de la redacción, E. de Soto.

## PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.  
S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

RALES DECRETOS.  
Accediendo a los deseos de D. Cayetano Zúñiga y Linare, y a fin de que pueda dedicarse al cuidado y restablecimiento de su quebrantada salud, vengo, de acuerdo con mi Consejo de ministros, en admitir la dimisión que ha hecho del cargo de consejero de Estado, y en disponer que quede desde luego en la misma situación pasiva en que se hallaba al tiempo de su último nombramiento para el consejo real en 7 de noviembre de 1856.

Dado en Palacio a diez de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

De acuerdo con mi Consejo de ministros, vengo en nombrar consejero de Estado a D. Manuel Moreno Lopez, comprendido en el art. 5.º de mi real decreto de 14 de julio último.

Dado en Palacio a diez de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

MINISTERIO DE FOMENTO.  
Vengo en resolver que pase a ocupar la vacante de oficial segundo de la clase de primeros del ministerio de Fomento, que ha resultado por fallecimiento de D. Francisco Caveda y Zarracina, el oficial tercero de la misma clase D. Manuel Peironcey, y en nombrar para la plaza que este deja a don Fernando Cos Gayon, administrador de la imprenta nacional.

Dado en Palacio a ocho de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento, Rafael de Bustos y Castilla.

MINISTERIO DE HACIENDA.  
De acuerdo con el parecer de mi Consejo de ministros, vengo en autorizar al de Hacienda para que presente a las Cortes los presupuestos generales del Estado para el año próximo de 1859.

Dado en Palacio a diez de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Hacienda, Pedro Salaverria.

A LAS CORTES.  
PROYECTO DE LEY.  
Artículo 1.º Los gastos ordinarios del servicio del Estado durante el año de 1859 se presuponen en la cantidad de 1,756,662,787 rs., distribuida por capítulos, según el estado adjunto letra A.

Art. 2.º Los ingresos ordinarios del Estado para el espedido año se calculan en la cantidad de reales 1,791,734,800, según el estado letra B.

Art. 3.º Los gastos afectos al producto de la venta de bienes, la parte de este producto aplicable a amortización de la deuda consolidada y diferida, las obras públicas extraordinarias, la reparación de templos, el material extraordinario de guerra, marina, gobernación y hacienda, y las subvenciones de ferro-carriles, se presuponen para 1859 en la cantidad de 265,258,000 rs., conforme al estado letra C; aplicándose a su pago: los productos de las ventas verificadas hasta el día y que en adelante tengan lugar de bienes del Estado y de otras procedencias; el remanente del fondo de la sustitución del servicio militar, después de cubiertos los premios de voluntarios; y el líquido importe de una emisión de billetes del tesoro, amortizables con aquellos productos, según el primer del mismo estado letra C.

Art. 4.º Del crédito para pago de intereses y amortización de las acciones del Canal de Isabel II comprendido entre los que designa el referido estado letra C, serán hipoteca especial, además de los recursos que el propio estado señala, los fondos necesarios de la contribución de consumos, según lo dispuesto en la ley de 19 de junio de 1855 y real decreto de 15 de diciembre de 1856.

Art. 5.º La deuda flotante del tesoro no podrá exceder, durante el ejercicio del presupuesto de 1859, de 640 millones de reales, máximo hoy establecido para la misma.

Art. 6.º Se autoriza al gobierno para modificar las tarifas que determinan el precio de venta de las diferentes clases de tabacos, estableciendo en ellas la necesaria proporcionalidad, y para disminuir el importe de los derechos de regalia que actualmente satisfacen los particulares.

Art. 7.º Los plomos argentíferos que se destinan a la exportación satisfarán el 5 por 100 de inspección por toda la plata que contengan, cuando su ley exceda de ocho adames en quintal.

Los que se beneficien en las fábricas del reino satisfarán igual derecho por toda la plata que tengan, cuando esta exceda de 10 adames en quintal.

Los plomos cuya riqueza en plata no exceda de dichos tipos quedan exceptuados del pago de derechos por la que contengan, bien se destinen a la exportación ó se desplomen en las fábricas del reino.

Art. 8.º Queda prohibida la dispensa de los derechos que actualmente se exigen por los diplomas de las cruces de Carlos III, Isabel la Católica, María Luisa y San Juan de Jerusalén, a no ser cuando se concedan por recompensa de eminentes servicios prestados en cualquier carrera del Estado, en cuyo caso se satisfará solo por gastos de expedición de diplomas los derechos siguientes:

Grandes cruces y bandas, 1,000 rs.  
Comendadores de número, 500.  
Comendadores ordinarios, 320.  
Caballeros, 200.

El gobierno de S. M. queda, sin embargo, facultado para conceder condecoraciones nacionales a los extranjeros sin gasto alguno; pero el envío de las insignias se limitará a los soberanos y príncipes y a los casos de canje de condecoraciones con motivo de la ratificación de tratados, cuando la reciprocidad así lo exija.

Los derechos que se devenguen por concesiones de cruces ingresarán íntegros en el tesoro. El gobierno dispondrá la inmediata liquidación de las actuales cajas de las órdenes, y que los fondos existentes en ellas y que deban existir en 1.º de enero de 1859 ingresen también en el tesoro, con aplicación al respectivo concepto del presupuesto de ingresos. Señalará además un plazo prudencial, a cuyo término se declaran nulas todas las gracias de cruces concedidas anteriormente, si los interesados dejaren de satisfacer, dentro del mismo, los derechos que por las respectivas concesiones les hubiesen correspondido.

Art. 9.º Se excluyen del beneficio de la compensación, concedido por las leyes de 3 de agosto de 1851 y 21 de julio de 1853:

1.º Los compradores de bienes nacionales y efectos del Estado.  
2.º Los contratas del tesoro por anticipaciones de fondos.  
3.º Los deudores de cantidades recibidas indebidamente de las áreas públicas; y  
4.º Los segundos contribuyentes que hayan incurrido en responsabilidad cambiaria habiendo

contraído la civil, no acrediten debidamente que proceden de causas ajenas de su voluntad.

Serán compensables, sin embargo, estos débitos en el solo caso de que los deudores posean créditos de la deuda del personal ó material del tesoro adquiridos por derecho propio y directo.

Antes de concederse la compensación a los fiadores, no culpables, de los segundos contribuyentes excluidos de este beneficio por el caso 4.º, deberá proceder la escusión de bienes y declaración de insolvencia de los deudores principales.

Las compensaciones acordadas por sentencias definitivas del tribunal de cuentas del reino, después del 31 de julio de 1855, fecha de la ley que amplió la facultad de compensar, y que no estuviesen aun ejecutadas, se formalizarán desde luego, al tenor de lo dispuesto en las mismas sentencias. Los aspedientes de compensaciones solicitadas dentro de dicho período, que están pendientes de ejecución, se resolverán con arreglo a lo dispuesto en la presente ley.

Art. 10. La revisión y reconocimiento de cargas de justicia, determinadas por la ley de 29 de abril de 1855, se hará en lo sucesivo por una junta compuesta del director del tesoro, presidente, del segundo jefe de la dirección, y de los tres co-asesores letrados del ministerio de Hacienda. La junta aplicará la legislación especial que corresponda en cada caso, y fundará sus declaraciones en los hechos que resulten justificados, consultándolas al ministerio de Hacienda si reconoce por ellas el derecho y legitimidad del crédito. Si se declarase su caducidad, podrán los interesados alzarse al mismo ministerio dentro de los dos meses siguientes a la notificación administrativa.

El ministerio de Hacienda, oyendo a su asesor general y a la sección de hacienda del consejo de Estado, resolverá en definitiva, y sus decisiones solo podrán ser reformadas por la vía contenciosa, cuando proceda, según las leyes vigentes.

Art. 11. Se autoriza al gobierno para que, terminado el año del presupuesto y durante el período de ampliación del ejercicio, trasfiera dentro de cada sección los créditos que puedan resultar sobrantes en unos capítulos a otros en que se reconozca su falta. Estas transferencias se acordarán por reales decretos con las formalidades prevenidas en la ley de 20 de febrero de 1850 y oyéndose previamente al consejo de Estado.

Art. 12. No se excederá durante el año de 1859 el máximo hoy vigente para los recargos sobre las contribuciones territorial é industrial y el impuesto de consumos.

Con destino a obligaciones provinciales, y previa la aprobación del gobierno, podrán las diputaciones acordar la imposición de 3 rs. en cada quintal de sal que se espanda para el consumo ordinario, recaudándose directamente por la hacienda, que entregará los productos, deducido el 10 por 100 de administración, en igual forma que lo verifica a los demás partícipes de la renta.

Madrid 10 de diciembre de 1858.—El ministro de Hacienda, Pedro Salaverria.

RESUMEN DEL PRESUPUESTO DE GASTOS ORDINARIOS PARA 1859.—LETRA A.

Obligaciones generales del Estado. 551.629,477  
Presidencia del Consejo de ministros. 3.670,000  
Ministerio de Estado. 14.332,940  
— de Gracia y Justicia. 202.410,245  
— de la Guerra y Ultramar. 331.017,497  
— de Marina. 94.612,213  
— de la Gobernación. 87.928,367  
— de Fomento. 80.174,420  
— de Hacienda. 420.887,628

1,756.662,787

RESUMEN DEL PRESUPUESTO DE INGRESOS ORDINARIOS PARA 1859.—LETRA B.

Contribuciones directas. 515.360,000  
Impuestos indirectos y recursos eventuales. 410.615,000  
Papel sellado y servicios explotados por la administración. 655.008,800  
Propiedades y derechos del Estado. 89.918,000  
Sobrantes de Ultramar. 125.201,000

1,794.734,800

RESUMEN DEL PRESUPUESTO DE INGRESOS Y GASTOS EXTRAORDINARIOS PARA 1859.—LETRA C.

Ingresos.  
Productos de ventas de bienes nacionales. 125.568,000  
Fondo de la sustitución del servicio militar. 30.000,000  
Importe líquido de billetes amortizables con el producto sucesivo de las ventas de bienes del Estado y de corporaciones civiles. 106.690,000  
Derechos de aduanas por material de obras públicas. (Memoria). 265.258,000

GASTOS.  
Gastos afectos al producto de las ventas de bienes nacionales. 16.208,780  
Ministerio de Gracia y Justicia. 6.000,000  
— de la Guerra. 40.000,000  
— de Marina. 40.000,000  
— de la Gobernación. 6.000,000  
— de Fomento. 135.580,960  
— de Hacienda. 6.000,000  
Subvenciones de ferro-carriles. 13.468,260  
Indemnización de derechos de aduanas por material de obras públicas (Memoria). 265.258,000

COMPARACION.  
Ingresos. 265.258,000  
Gastos. 265.258,000  
Igual. 265.258,000

REAL DECRETO.  
De acuerdo con el parecer de mi Consejo de ministros, vengo en autorizar de Hacienda para que someta a la deliberación de las Cortes un proyecto de ley determinando los medios de atender a la mejora y fomento del material extraordinario de todos los servicios del Estado, y fijando el empleo que los pueblos y corporaciones civiles han de dar al producto de la venta de sus bienes.

Dado en Palacio a diez de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Hacienda, Pedro Salaverria.

A LAS CORTES.  
PROYECTO DE LEY.  
Artículo 1.º Se concede al gobierno de S. M. créditos extraordinarios por la suma de 2,000 millones de reales, realizables en ocho años, a contar desde 1.º de enero de 1859, destinados a la reparación, conclusión y nueva construcción de carreteras, canales y puentes, faros y valizas y otras obras de esta clase; al aumento del material de guerra marina; a la reparación de templos; a la mejora construcción de los establecimientos penales y beneficencia, y a las de los edificios y objetos necesarios para la conveniente administración y explotación de las rentas.

Art. 2.º De la citada suma se asignan: Setenta millones de reales al ministerio de Gracia y Justicia.  
Trescientos cincuenta millones al de la Guerra.  
Cuatrocientos cincuenta millones al de Marina.  
Setenta millones al de Gobernación.  
Mil millones al de Fomento.  
Seenta millones al de Hacienda.

Art. 3.º El crédito de cada ministerio se distribuirá en el citado número de años entre los servicios que espresa la adjunta relación, considerando, se como dotación para ellos en 1859 las cantidades que respectivamente le señala el presupuesto ordinario del mismo año.

Los restos de crédito que en fin de cada año resulten por invertir se agregarán a las consignaciones de los respectivos servicios en el siguiente.

Art. 4.º A satisfacer los créditos que van señalados se destinan:  
1.º El producto en venta de las fincas, censos, foros del Estado, incluso el 20 por 100 de los propios de los pueblos, secuestros, instrucción pública superior é inferior, beneficencia y las dos terceras partes del 80 por 100 de propios de los pueblos y la totalidad de los de las provincias, deducidos los gastos de venta y la parte aplicable a la amortización de la deuda, según las leyes de 1.º de mayo de 1855 y 11 de julio de 1856.

2.º El importe de obligaciones de comprados por ventas hechas en los años de 1855 y 1856 de los mismos bienes y de otras procedencias que existan en el tesoro.

3.º La suma de obligaciones a metálico de compradores de bienes nacionales por efecto de ventas anteriores a dichos años.

4.º Los sobrantes del fondo de la institución militar, después de cubrir los premios de voluntarios.

Y 5.º Los reintegros que hayan de hacerse al tesoro por las anticipaciones a las empresas de obras públicas.

Art. 5.º Para cubrir las diferencias que resulten entre lo que anualmente ha de invertirse en los servicios extraordinarios, objeto de esta ley y la parte que se realice en cada año de los recursos aplicables a los mismos, se emitirán billetes con interés de por 100 al año, que se negociarán por suscripción ó subastas públicas en la forma correspondiente, fijándose por el gobierno, en consejo de ministros el descuento con que se hayan de negociar.

El importe de estos billetes y sus intereses amortizarán con los productos de las ventas de bienes y obligaciones mencionadas en el artículo anterior, siendo admisibles en los pagos que los compradores hayan de hacer desde 1860 en adelante.

Art. 6.º En equivalencia del producto de la venta y redención de fincas y censos de los establecimientos de beneficencia é instrucción pública inferior, hechas hasta el día y que se hicieren en lo sucesivo, emitirá el Estado respectivamente a favor de cada uno de aquellos, inscripciones intransferibles de la renta consolidada al 3 por 100, las cuales les entregarán en las épocas y según las reglas siguientes:

1.º Se entregarán desde luego a cada establecimiento inscripciones con interés desde 1.º de enero de 1859 por una renta igual a la líquida, que al producir sus bienes vendidos hasta 1858.

2.º Se entregarán sucesivamente, en el momento que los bienes existentes fueren enajenándose, inscripciones con interés desde el día de la adjudicación de aquellos, por una renta al año igual a la líquida que produjeran.

3.º Pagarán los establecimientos al Estado el importe de las inscripciones que recibieren, según la primera base, valoradas al cambio de la Bolsa de Madrid el día de la publicación de esta ley, con lo que alcancen aquellos del tesoro hasta 1858, por principal é interés de los plazos rotados por las ventas hechas hasta aquella fecha.

Esta cantidad no bastare, se aplicará desde luego al tesoro la necesaria de las obligaciones, por realización de los plazos, mas próximos, descontadas al 5 por 100 al año.

4.º Pagarán asimismo al Estado el importe de las inscripciones que recibieren los establecimientos según la base segunda, computadas al cambio de la Bolsa de Madrid el día de la adjudicación de las fincas, aplicándose al tesoro el metálico que los compradores entreguen en pago, y la cantidad necesaria de obligaciones de los mas próximos vencimientos descontadas al 5 por 100 al año.

5.º Ulteriormente, a medida que se realicen las obligaciones restantes, hechas las aplicaciones necesarias a cubrir las inscripciones dadas a los establecimientos, según las bases anteriores, se les entregarán las demás inscripciones que correspondan valoradas al cambio medio de dicha Bolsa en el anterior al de la cobranza de las obligaciones, y el interés desde la fecha en que esta se hubiese verificado.

6.º Si el aumento de precio que se obtenga en la venta de las fincas de cualquiera de los establecimientos espresados no compensase la diferencia de renta que les resultare por la redención de los censos, será de cuenta del Estado su abono.

Art. 7.º En equivalencia de lo que alcancen el tesoro los pueblos y las provincias por principal é intereses hasta fin de 1858.

(Se concluirá).



## CORTES.

## SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DEL DUERO.  
Estrato de la sesión celebrada el día 16 de diciembre de 1855.

Se abrió á las dos y veinte minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.  
El Sr. Calonge, conde de Huerfano, comunicó al Sr. Presidente la asistencia á las sesiones por hallarse enfermo.

También lo quedó de otra comunicación de la mesa del Congreso de señores diputados, participando haberse constituido definitivamente en la sesión del 13 del actual, y nombrado presidente al señor don Francisco Martínez de la Rosa, vicepresidente á los señores marqués de la Vega de Armijo, D. Diego López Ballesteros, D. Modesto Lafuente y D. Fernando Calderón Collantes; y secretarios á los señores D. Roman Goicoerrotea, D. Fermín de Lassala, D. Francisco Millán y Caro, y D. Daniel Carballo.

## ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Leído el referido proyecto, pidieron la palabra en contra los señores duque de Rivas, D. Eusebio Calonge, D. Santiago de Tejada, y conde de Velle.  
El Sr. Presidente: Abrese discusión sobre la totalidad del proyecto. El señor duque de Rivas tiene la palabra en contra.

El señor duque de Rivas: La cede al señor Calonge.

El Sr. Calonge: Señores senadores, empleo pidiendo la benevolencia con que otras veces me habéis honrado.

La sesión del lunes 6 del actual, concluyó con estas palabras:

«El Sr. Calonge: Puedo contestar al señor ministro de Estado? El Sr. Presidente: No, señor, no hay palabra. Continúa la orden del día. El Sr. Calonge: Queda aplazada la cuestión. El señor ministro de Estado (Calderón Collantes): Quedamos aplazados.»

Este aplazamiento vengo á contestarlo hoy brevemente.

Habría la duda de si podía yo hablar de un incidente que ocurrió, decidiéndolo así la mesa contra mi deseo. Haría una injuria al Senado si leyera los artículos del reglamento que me daban derecho para hablar.

En un asunto igual, tratándose de un señor senador que el otro día quiso hacer suya una proposición, la mesa, con mucho acierto, le negó ese derecho.

Para eso mismo podía yo la palabra. He concluido esta cuestión y voy á ocuparme del proyecto de contestación que se discute.

Permitidme el Senado que levante una punta del velo que parece cubrir á esa sibilina parlamentaria que en forma de discurso han aconsejado los ministros á S. M., y en forma de contestación al mismo nos presenta la comisión. Llamado al poder el actual gabinete, la primera cuestión política en que el ministerio tomó parte fué en la rectificación de las listas electorales. Decía el señor ministro de la Gobernación (S. S. leyo).

«He aquí, señores, la acusación mas grave que se ha lanzado contra un Parlamento. ¿Y en que consistía? Es una cosa á que yo no puedo contestar: lo hará sin duda el señor ministro; pero mientras tanto, quede sentada como un hecho incontestable, que el ministerio que suspendió la legislación de 1857, tuvo hasta el último momento un apoyo constante y decidido en ambas Cámaras. ¿Y cómo no había de encontrarle un ministerio conservador? Con aquel Congreso hubiera el ministerio actual encontrado obstáculos tal vez, y sin tal vez, con seguridad, y por eso lo disolví.»

Seguían examinando la A. continuación de esta gravísima acusación, el ministro de la Gobernación se proponía disculpar al Congreso, á quien acababa de lanzar aquel anatema, diciendo, por ejemplo, que era su conducta forzosa consecuencia de causas diversas (S. S. siguió leyendo). Es decir, que para disolver aquel Congreso, para tratarle como se trató (esta misma ministerio lanzó otras cosas), para justificar eso, en una palabra, hasta á la razón pública se le declaraba demente.

Pero no se contentó con eso el Sr. Posada Herrera. Continúa dicho señor diciendo (S. S. leyo). «Señores: hasta el nombre augusto de S. M. se quiso poner enfrente de aquel Congreso. Esto no es político, ni es constitucional, ni es lo que vale el ejercicio ministerio que tengan en lo que vale el ejercicio que deben á la región prerogativa. ¿Sabeis por qué el ministerio Armador no tuvo todo el apoyo que necesitaba para gobernar el país? Pues fue porque necesitaba para gobernar la política que hoy representáis vosotros. (El Sr. Bermúdez de Castro rió la palabra.)»

Seguía el señor Posada Herrera, dirigiéndose á los señores senadores (S. S. leyo). Ahora bien: como se ha cumplido esta parte de esa circular, ¿el Senado lo recordará sin necesidad de que yo refiera su memoria, pues están muy recientes las palabras que ayer pronunció un eloquente orador de esta Cámara acerca de la manera como el gobierno se propone respetar la Constitución vigente?

Seguía el señor Posada Herrera diciendo (S. S. leyo). Habla S. S. de los candidatos que podían merecer esa influencia legal de que tanto se ha hablado (S. S. siguió leyendo). Esto es cómodo, señores: se quiere aquí dar poca importancia á cosas que á mi entender la tienen muy grande. Las denominaciones, señores, ó son algo ó no son nada, como elocuentemente decía el señor ministro de Estado en una sesión en que hacía la oposición: (S. S. leyo un párrafo tomado de un discurso de señor Calderón Collantes). Esto decía el señor Calderón Collantes en la sesión del 4 de marzo de 1853, página 24 del tomo de las sesiones de aquel año.

Examinemos ahora otro documento del gobierno, documento también público y notorio (y ruego al Senado me dispense si le molesto con estos detalles; pero los creo convenientes, necesarios, indispensables, para, como decía al principio, levantar una punta del velo). El gobierno de S. M. (el gobierno actual, no ya solo el señor ministro de la Gobernación) decía en el preámbulo del decreto de rectificación de listas electorales: (S. S. leyo). Y mas abajo era mas terminante: (S. S. siguió leyendo).

Presidido de otra cosa, grave sin embargo, que en lo que he leído se revela acerca de las acusaciones que se dirigen á las anteriores administraciones por la confección de las listas electorales, respecto á las cuales, no entiendo cómo ha habido gobernadores de provincia, de que aquellas listas formaron, que se haya atrevido á estampar su firma al pie de este documento en que tan explícita, tan terminante, tan incontestable se condenaba sus propios actos, por ejemplo, el señor marqués de Corvera. (El señor ministro de Fomento pide la palabra.)

«Era ó no S. S. gobernador de Madrid cuando se hizo la última rectificación de las listas electorales con arreglo á la ley? Si lo era S. S., todos los defectos que en ellas hayan aparecido, y que su digno sucesor el señor marqués de la Vega de Armijo, haya encontrado, todos serán de la responsabilidad y cuenta de S. S. Todos los defectos de que las listas adolezcan, y que se hayan aprobado posteriormente, recaen exclusivamente sobre la responsabilidad del señor marqués de Corvera, que sin duda se la exigirá si es propio.»

Todo el preámbulo no es mas que un cúmulo de acusaciones gratuitas contra los anteriores ministros y las anteriores elecciones de diputados á Cortes.

Y el gobierno se congratula en otro párrafo con la idea que el país aplaude y el parlamento aprobaría la rectificación de las listas contra lo dispuesto por la ley. Pues bien, para conseguirlo el go-

bierno empieza por no decir una palabra en el discurso de la corona, ni solicitar un bill de indemnidad por haber faltado á la ley. Sin duda espera que se le dé graciosamente, por medio de alguna proposición firmada por sus amigos. No sé si las Cortes lo harán así.

He concluido con las circulares del gobierno. Después vinieron otros datos que tampoco están acordes con sus palabras. Uno es el nombramiento de senadores propuesto á S. M. por sus ministros responsables. Que yo aceto la región prerogativa lo tengo probado; por consiguiente, al juzgar el ejercicio de esa prerogativa, si lo me he dirigido á los que han aconsejado á S. M. La promoción senatorial mas numerosa desde que hay Parlamento en España, es la última: han sido nombrados 49 señores, cuyos servicios, distinguidas cualidades y mérito relevante no pueden ponerse en duda. No es esta la cuestión. ¿Habeis visto la elección? Solo es en obsequio de un partido: sin duda para borrar las denominaciones, como pretenden los señores ministros. En obsequio solo de un partido he dicho, y las votaciones lo han demostrado ya; si aun hay duda, mas adelante lo veremos. Pero entre estos señores senadores, no ha habido lugar para un señor obispo. Basta acerca de este particular.

Vengamos al último documento; al discurso de la Corona; ya os dije que la contestación se resentía, como no podía menos de suceder, de ser la copia y fiel trasunto de aquel discurso.

Cuando en él se dice es vago y confuso: ni un principio, ni una cuestión concreta por donde pueda verse en conocimiento de cual puede ser la política del gabinete. Será preciso, por lo tanto, apelar á otro recurso; y al tratar de esto, lo primero que se ocurre es fijar la atención en los señores ministros, como hombre político; pero aun en esto surge una gran dificultad: es tan vasto el campo, que no hay un solo matiz que no esté representado en el ministerio, y con mas que dualidad en algunos de los señores ministros. Los hay moderados, que siempre han dicho que lo eran; los hay que han dicho que no eran nada; otros, que no eran ni moderados ni progresistas, pero que eran otra cosa, que es monárquico constitucional; y los hay que sin ser nada en otra, viven en sacrilegio consorcio con una y otra cosa. Y después de esto, ¿es posible tener un punto de partida para apreciar cual es la política del gabinete? Seguramente que no.

Yo no quiero retroceder á épocas antiguas; las citas tendrían que ser muchas; y habría que leer á los señores ministros, que he traído por sí acaso, tengo que hacer uso de ellos, pues si no, me contentaré con estas indicaciones. Pero después de todo, no habrá nadie que deje de comprender que es difícil apreciar la conducta que va á seguir en las cuestiones políticas el actual gabinete.

Ahora bien: si atendemos á las personas, lo que parece es que no van á entenderse en la gobernación del país; y entonces ¿qué va á suceder? Lo mejor que puede acontecer es que el gabinete muera por la confusión de los principios que en él se encuentran representados, porque de otra suerte podrá sobrevenir un conflicto para el país, que todos debemos evitar.

Es, por consiguiente, necesario que el gobierno dé las explicaciones convenientes para que el Senado pueda apreciar en su conciencia su voto, que indudablemente tiene que dario de aprobación ó reprobación, para lo cual es necesario que no quede duda alguna de la política del gobierno.

Así, pues, yo preguntaría á los señores progresistas: ¿admitís la Constitución del 45 reformada, con su principio de soberanía hereditaria, de viagen, la nobleza, y con sus reglamentos-leyes? ¿Y vosotros, señores moderados, ¿aceptáis la trasgresión de las leyes que el señor presidente del Consejo de ministros os ofrece terminantemente el otro día? Si aceptáis eso, podéis continuar siendo moderados; tal vez, pero constitucionales, sí. ¿Y qué garantías tendréis, señores senadores, si no se os especifica, de que vuestros principios van á ser bien y estrictamente aplicados por el gobierno, si, como es he demostrado, no puede haber en él principios fijos y terminantes? ¿Y al mismo gobierno de S. M. le preguntaré también: ¿qué queréis, señores ministros, que queráis gobernar con todos los partidos, es decir, con sus principios políticos, económicos, administrativos, tan contradictorios, tan opuestos, tan divergentes? ¿Queréis eso? Pues yo os diré que si queréis eso, además de ser un absurdo, es la gran expresión de la locura mas imposible.

Gobernar para todos los partidos, lo comprendo; es mas, lo aplaudo; pero con principios que han estado en constante guerra! Además, no nos ha dicho el mismo señor presidente del Consejo de ministros que quería que esos partidos se sucedieran, se relevasen en el ejercicio del mando? Y si decís que esos partidos no existen, ¿cómo se han de suceder unos á otros? ¿O es que el señor presidente del Consejo de ministros se cree apto para representarlos todos, y quisiera por eso mismo llegar al goce eterno de ese poder por que tantos sacrificios ha hecho? Yo no lo sé, yo deseo saberlo: espero que el señor general O'Donnell y todo el ministerio nos darán explicaciones tales que esclarecerán perfectamente la política que se propone seguir; si no satisfacen, votare el dictamen y votare en lo sucesivo con el gobierno; pero si esa política no llena mis deseos, podré apoyarme en alguna cuestión especial, aislada; pero en cuanto á su política general, merecerá para siempre mi completa reprobación. He dicho.

El señor ministro de Fomento (marqués de Corvera): Señores, para sentar un hecho en un sitio tan ilustre como el Senado, el sentimiento de la propia dignidad no debiera hacer estar bien seguros de sus circunstancias. Al oír expresarse al señor Calonge con la mayor inexactitud respecto á ese punto, yo sentí gran pena, porque decía: si en un hecho que es tan notorio, padece una equivocación de tanto bulto, ¿qué será en otros que no son igualmente tangibles?

El día 15 de octubre de 1857 concluyó el término para presentar reclamaciones sobre inclusión ó exclusión de las listas electorales; el día 25 del mismo mes se extendió á mi favor el nombramiento de gobernador de Madrid: de modo que principié á desempeñar ese cargo diez días después de concluido el término, y no tuve, por tanto, en la rectificación de las listas la parte que S. S. me ha atribuido. Lo único que podía hacer era resolver, en cinco días que faltaban para el 30, las reclamaciones que había pendientes; y efectivamente lo hice así. ¿Y cómo se resolvieron? Uniforme á la preferencia de los interesados, porque dió la casualidad que todos eran justos; y si no, eiteme S. S. una que no se haya resultado en justicia.

Veáis, pues, cuán equivocado ha estado el señor Calonge, y cuán justo es el sentimiento que me causaba esa inexactitud de S. S.

El Sr. Calonge: Vea, señores, que efectivamente he no tenido presentes las fechas que el señor ministro de Fomento ha citado, y lo confieso francamente.

Respecto á la justicia con que se resolvieron las peticiones, no puedo en este momento decir si en alguna se faltó á la justicia; pero no sería extraño que así hubiese sucedido, y que S. S. no lo recordase.

El señor ministro de Gracia y Justicia (Fernández Negrete): Señores, vacilo entre el deber y la cortesía: la cortesía me obliga á contestar antes al señor Calonge; el deber me dice que conteste al señor marqués de Molins. Si el señor Calonge me dispensa la cortesía (el señor Calonge: con mucho gusto), contestaré antes al señor marqués de Molins.

De seguro, señores senadores, no se habrán borrado todavía de vuestra memoria las gravísimas acusaciones que el señor marqués de Molins lanzó ayer contra el ministro de Gracia y Justicia. ¿Y qué acusaciones, señores? ¡No hay memoria de otras semejantes! Después de esos cargos, no hay mas acusación que la echullada del verdugo. ¿Cuáles han sido esos cargos? «El ministro de Gracia y Justicia alienta la impunidad de los delitos: el ministro de Gracia y Justicia escarnece los tribunales!» ¿Dónde se ha oído una acusación igual? Ciertamente que el señor marqués de Molins tenía que pagarme una deuda antigua, pero la mia era de mejor moneda. S. S. no había olvidado el Levitán de unas elecciones cele-

bres, y ha necesitado ocho años para digerir ese Levitán.

Lo que yo padece entonces, supongo que lo ha padecido el señor marqués de Molins; defecto de improvisación. Estoy seguro que no sostiene hoy S. S. las palabras de ayer; sacrificó la idea á la frase, y le perdono.

Pero si quiera lo perdono, tengo que vindicarme. ¿Qué fundamento tenía el señor marqués de Molins para decir que el ministro de Gracia y Justicia alentaba la impunidad de los delitos, que escarnece los tribunales? ¿Alentará el ministro de Gracia y Justicia la impunidad de los delitos, cuando es acaso el magistrado que mas joven vistió la toga en España, y ha tenido que cambiar seductoras teorías por el durísimo rigor de las leyes? ¿Yo, que he adquirido el convencimiento de que hay desgraciados á quienes ni la caridad ni la indulgencia arranca del camino del crimen... ¿yo alentar la impunidad de los delitos?

Que escarnece los tribunales; ¿y por qué? ¿Por que no he aceptado el informe de un tribunal acerca de un indulto? Pues entonces, si tuviera el ministro la obligación de aceptar el informe de un tribunal, ¿qué sería ese ministro? No podía tener responsabilidad, y el tribunal sería el que gobernara y administrara.

Todavía no he comprendido lo que condenaba en mí S. S.: si condenaba que aconsejase ya á S. M. el ejercicio de su alta prerogativa ejercido contra las leyes; ó si que indultase conforme á las leyes, ó si condenaba las dos cosas á la vez.

El Senado me dispensará que diga dos palabras sobre indultos, que creo necesarias después de lo manifestado por S. S.

Las penas deben ser impuestas por una ley anterior al delito punitivo, y todas las leyes penales son disposiciones generales, inexorables, inflexibles, á que tiene que atenerse el magistrado; disposiciones inflexibles, inexorables, para todos los tiempos y épocas, porque el principio de la justicia es: *fiat justitia, et ruat cælum*.

Al magistrado solo le corresponde decir: este es el delito, esta es la pena que impone el Código. Pero hay ocasiones, hay circunstancias, de cosas, de tiempos y de personas, que hacen grandemente conveniente la aplicación de la ley: mas el magistrado que es esclavo de ella, no tiene la facultad de ocuparse en esas apreciaciones. Estas pertenecen al soberano, por consejo de sus ministros; de aquí el origen de la prerogativa de la corona para calificar las circunstancias en que tales ó cuales penas no son convenientes, siquiera estén consignadas en el Código.

También dijo el señor marqués de Molins, que no teniendo yo en cuenta el informe de un tribunal, y no habiéndome conseguido el perdón de la parte, había concedido un indulto: no, S. S., que me presente un solo ejemplo de lo contrario. Un ciudadano, no hay necesidad de decir nombres, calumnió al señor conde de Lucena, el año 1851; el señor conde llevó al calumniador á los tribunales, los cuales le impusieron 32 meses de prisión correccional, y el gobierno aconsejó á la Reina el indulto, no solo sin consentimiento del injuriado, sino á pesar de haberse interpuesto la alzada.

Ha visto el señor marqués de Molins indultado un calumniador del actual presidente del Consejo. ¿Dónde estaba entonces con su santa indignación el señor marqués de Molins?

Pero después de todo, ¿cuáles son los indultos que yo he propuesto á la plenitud soberana? ¿Han sido en favor de algún facinoroso ó algún parricida? ¿A quién he indultado, señores senadores? A los pobres editores que gemían en una cárcel por un delito que no habían cometido; á dos infelices padres de familia, que apremiados por la necesidad, vendieron sus hijos, y su nombre para mantener á sus mujeres y á sus hijos; mientras á un militar que asumió á una joven en una función pública, á pesar de la resistencia de los parientes de la víctima, se aconsejó á su majestad su real gracia. No quiero acibarar al señor marqués de Molins en sus remordimientos, si los tiene, diciendo que ha levantado aquí su voz para oponerse á que dejasen de pesar los hierros del cautiverio sobre infelices padres de familia.

Y terminado aquí este punto, voy á contestar á otro de los cargos que directamente se me han dirigido, dejando á mis compañeros el cuidado de rechazar los que respectivamente los atañan.

Principio el señor senador Calonge queriendo convenir á todos los señores senadores, tanto á los de la derecha como á los de la izquierda, de que todos habían sido lastimados por mi con unas palabras, que tuve la honra de dirigir al señor general Sanz. Permitame el Senado que restablezca los hechos con toda exactitud.

El señor general Sanz, con gran premura, se adelantó á presentar una proposición que, podía considerarse como un voto de censura. Decía el señor general Sanz: «Habeis infringido cuatro artículos de la ley electoral, y como la ley electoral es la fundamental del sistema representativo de la Constitución del Estado, habeis infringido esta.»

Dije entonces en justa defensa, que no sabía de que admirarme mas: si de la proposición, ó de ser el Sr. general Sanz el que la presentaba, porque S. S. ha pertenecido á un círculo político que no ha sido muy escrupuloso en la observancia del régimen constitucional, lo que me obligó á argüir de inconsecuencia al señor Sanz. (El señor Sanz pide la palabra para una alusión personal.)

Vamos á los hechos. El señor general Sanz era dignísimo director de una de las armas del ejército, y era senador del reino, con el mes de diciembre de 1856. La ley electoral exigía que haya una rectificación bienal de las listas: la última habíase hecho el año 53; correspondía por tanto, hacer otra en 1855. Aquel gobierno no lo hizo, y por consiguiente á nadie mejor que al gobierno, cuando se tratase de restablecer la legalidad en esta materia, correspondía hacerlo. (El señor general Lezama: Pida la palabra para una alusión.) El gobierno de 1856 dejó pasar la primera quincena del mes de diciembre, época fatal que la ley tenía marcada para la rectificación, y vino á hacerlo arbitrariamente en el mes de julio siguiente; y digo arbitrariamente, porque no sé qué facultad tenía aquel gobierno para alterar lo que está determinado por una ley.

Estoy fatigado, y difícilmente podré contestar como quisiera al señor general Calonge.

Ha principiado S. S. acusando al gobierno de que la contestación al discurso de la corona es vaga y descolorida. Pues ¿no ha dicho S. S. que nosotros somos descoloridos? ¿Cómo hemos de dar color si no lo tenemos?

¿Que no tenemos opinión? S. S. nos ha presentado como desertores. Nos ha dicho que aquí caben todos.

Si, señores, aquí caben todos: ¿y sabéis por qué? Porque nosotros somos el puerto de salvación donde pueden anclar todos los buques, después de la tormenta, menos los piratas: porque nosotros somos la experiencia viva de 30 años de gobierno representativo, y porque los tiempos no pasaron en vano para nosotros.

No decimos que han acabado los partidos, no; sabemos que los principios están arraigados, y que los siglos son los que pueden conmovirlos; sabemos que las ideas vagan en la atmósfera y alrededor de ella se concentran los hombres, y esas ideas las tenemos nosotros por la experiencia provechosa de treinta años que llevamos de gobierno representativo.

El Sr. Latorre (como de la comisión): Empezaré por dar las gracias al señor general Calonge por la interposición que me ha dirigido, y porque me ha puesto en la necesidad de declarar lo que soy, aun que no tenía necesidad de hacerlo, porque soy ni mas ni menos que lo que vengo siendo en mi vida pública de 50 años.

Antes de entrar de lleno en el debate, debo hacer una declaración que cumple á mi lealtad, como presidente, aunque indigno, de la comisión de contestación al discurso de la corona. Al instalarse, fijó como preliminar la resolución de no hacer oposición al gobierno, no introducir en el mensaje una sola frase que se pareciera siquiera á censura, hijo de

considerar, y esto es común á toda la comisión, que la actual situación es bastante favorable para el desahucio pacífico de las ideas que cada uno cree mejores para la gobernación del Estado. Sin embargo, en el curso de nuestros debates, y llegando al párrafo relativo á los negocios de Roma, el señor Carramolino y el señor conde de Guendulain creyeron necesaria una adición; y decidido el no ponerlos en oposición tuvimos que separarnos de dichos señores. Dicho esto, lo que me pide ahora será de mi exclusiva responsabilidad, y así podré expresarme con la libertad que necesito para contestar á la interposición que me ha dirigido el señor Calonge, que lo haré al contestar por partes á lo que se ha dicho respecto de infracciones de Constitución y de leyes.

Empezaremos por la mas asendereada de todas: la rectificación de las listas electorales, iniciada por el señor Sanz, continuada por el señor marqués de Molins, y hoy por el señor Calonge reproducida. Todo lo dicho anteriormente. Todos estos señores han dado por sentado que la ley electoral ha sido infringida, porque la rectificación ha sido ordenada fuera del tiempo señalado por la ley. Señores, es verdad: el gobierno no tenía derecho para hacerla; pero no tenía derecho, porque tenía deber, y deber incontestable.

Al lado de la ley electoral está la ley penal, y sobre esta la ley moral, que no concede derecho al delito. Y la falsedad es un delito. La ley penal castiga en este caso, según el art. 196 del Código, el delito de falsedad con la pena de prisión menor, que lleva consigo la inhabilitación temporal para el ejercicio de los derechos políticos. ¿Y qué resulta de aquí para el gobierno? La obligación de suprimir el mal de ese delito, empezando por prevenirlo. Y cuando el delito ha tomado tales proporciones que vicia fundamentalmente la composición del cuerpo electoral, no se previene el delito si no se suprimen esas, que mas que listas electorales, eran un repertorio de fraudes.

La cuestión es de pura hecho: ¿Es que el gobierno, cometiendo un abuso ha anulado unas listas que eran la expresión de la verdad? Entonces no basta dirigir cargos; es necesario acusar. Pero no es eso, señores; esas listas eran una sentina de fraudes y falsedades, y el gobierno ha cumplido con su deber al rectificarlas.

Voy ahora á decir al Sr. Calonge cuáles son mis relaciones con el ministerio, pues parece que su señoría desea saberlas. El otro día emitió aquí el señor ministro de la Gobernación una opinión grave, de la que yo me separo; y sin embargo, declaro que soy amigo leal de este gobierno. Los facciosos y los aduladores se parecen á mi modo de ver, en hallarse unos y otros en estado permanente de conspiración; con la diferencia de que unos conspiran á cara descubierta y otros con careta. Yo no adularé al gobierno; podré ser un amigo leal; pero seré un amigo leal.

Como quiera que los cargos dirigidos al ministerio van de rechazo á la comisión que la apoya, diré algunas palabras sobre las últimas elecciones.

Cuando veo que muchos cargos favorables al gobierno se quajan de que ha habido excesos, y de que, además, han sido vencidos; cuando veo que se habla de distritos anteriormente arreglados para una candidatura determinada, y que estaban arreglados antes de ocupar ese puesto, este ministerio, no puedo menos de convenirme de que las malas similitudes antes han dado todavía algún fruto, que los malos hábitos tardan bastante en perderse. Entretanto, cuando observo los resultados de la elección, veo que ha habido mas libertad que otras veces, y me pregunto que los lamentos son algo exagerados; si bien con este motivo puedo menos de dirigir al gobierno la súplica de que no estienda su protección á aquellas elecciones en que haya algún vicio radical.

También celebraría que lo que ha tenido lugar sirva para establecer la ley electoral definitivamente, y para que se reforme de la manera mas conveniente, siendo, como es en mi concepto, la elección por distritos, una de las cosas que peor paradas ha dejado la experiencia; pero lo que no aconsejaré al gobierno, es que para la reforma electoral tome por tipo el sistema que se nos recomendó días pasados, sistema que, según veo, tiene algunos aficionados, y que consiste en meter y sacar en un saco el espíritu humano; es decir, en condenarle al suplicio de las parricidas. (El señor marqués de Miraflores pide la palabra.)

Ahora voy á satisfacer mas cumplidamente al señor Calonge. Preguntábame S. S. si acepto ó no la Constitución del 45. Yo me había anticipado á esa pregunta, en el seno de la sesión á que he debido la honra de formar parte de comisión de contestación al discurso de la corona. Allí, satisfaciendo los justos deseos de otro señor senador, dije que si el gobierno presentaba un proyecto de ley sobre mayorazgos ó sobre reforma de los reglamentos, lo rechazaría con todas mis fuerzas; pero que la Constitución reformada la aceptaba en la parte que la recibiera ya enteramente en cumplimiento. Yo no doy mucha importancia á eso que se llama elemento hereditario, elemento que ciertamente está aquí representado por dos homocépicas; y creo, por otra parte, que todos ó casi todos los grandes han de venir á ocupar un puesto á nuestro lado.

Entretanto, por aceptar yo la Constitución reformada, he abjurado de mis principios? No. Yo no aspiro á la aplicación inmediata de todos ellos. Entre los mismos hay uno que mas bien que principio es una regla de conducta, y al observarla soy también consecuente. El año pasado, cuando se discutía también el mensaje, decía yo: «La Constitución de 27, la de 45, la de 57, todas son iguales para mí, porque todas encierran los mismos principios esenciales: lo que desee es que se observen.» Esto que dije entonces en los bancos de la oposición, lo repito hoy al lado del gobierno.

Vamos ahora á lo concerniente á Roma. Cuando estaba yo en la oposición, vi el año pasado un párrafo en el discurso de la corona, párrafo dedicado á la corte de Roma; y en nombre de mis amigos, me levanté á decir lo mismo que ahora propongo á nombre de la comisión. Decía yo entonces: «El gobierno nos manifiesta que tiene negociaciones pendientes con la Santa Sede: nuestro interés en su buen éxito, y el respeto á la región prerogativa, exigen de nosotros no traer esta cuestión, reservándola para cuando venga aquí la ley, resultado de esas negociaciones.» Esto decía yo, y como aquella oposición: la de ahora no parece querer circunscribirse dentro de esos límites, y no lo quiere porque no es lo mismo predicar la moderación que llamarla moderado.

Se oía de menos el que se hablaba del Concordato en el mensaje, porque se daba si lo reconoce el gobierno y la comisión? Si este cargo se me dirigiera á mí, como ministro que he sido, sería una sinrazón; dirigirla al gobierno actual y á la comisión es un contrasentido. Si se trata de modificar el Concordato, claro es que se reconoce. (El señor conde de Guendulain pide la palabra para una alusión personal.) Pero si lo que se quiere decir es que el gobierno no puede entablar negociaciones sobre el Concordato, yo declaro, señores, que en mi opinión hay en esto á lo menos una irreverencia respecto á la prerogativa real.

Algo se había ayer acerca de la conducta del gobierno con la prensa. Sobre esto me limitaré á expresar una sola idea. El señor marqués de Molins se quejaba de la dureza del gobierno para con los escritores que son amigos de S. S., y de la blandura del mismo para con los escritores que no han sido amigos de sus amigos. Eso consiste en que se hizo una ley de imprenta para una posición dada: esa posición la ha tomado el enemigo, y lo que era arma defensiva se ha vuelto arma ofensiva.

Respecto de los indultos, diré que no tienen regla determinada; y de aquí, que quejándose de arbitrariedad el señor marqués de Molins, no pudiese hacer otra cosa que recordarnos los principios que en la filosofía del derecho son aplicables á la penalidad, pero que se han quedado en principios y no han pasado á las leyes; por consiguiente, no hay que hablar de ellos. Pero S. S., sin tener razón para hacer un cargo á los ministros, intente, y mucho,

en los sentimientos que esto inspiraba. Aun se quedo corto S. S., pues no solo ha venido á desaparecer por medio de los indultos la capacidad para los delitos de calumnias, sino que ha venido á desaparecer para todos los abusos de la prensa.

Paso ahora á una cuestión que me es peculiar, y en la cual hablo también por mis amigos. Desde nuestras últimas sesiones ha ocurrido una gran novedad: un señor senador que desde aquellos bancos se oponía siempre conmigo cuando se trataba de actos contrarios á la Constitución, hoy preside dignamente este gabinete; de modo que lo que era hasta cierto punto oposición, hoy es gobierno. Esa evolución ha cambiado nuestras posiciones: si yo estoy al lado del gobierno, es porque no reconozco por principio la oposición, ni la hago solo por ser oposición, sino que voy con mis principios. Nuestra adhesión al gabinete es desinteresada, pues ninguno de nosotros queremos el poder para nuestras personas; lo queremos para nuestros principios: nuestro culto es á estos, no á aquellas. Ya he dicho antes que no somos exigentes, que no queremos mas que aquello que siempre y de todas maneras es necesario. (El señor conde de Rens pide la palabra en contra.) Cuando hablo yo de mis amigos, no he tenido la presunción de que entran todos en su número, como desearia que sucediera con mi amigo particular el señor conde de Rens.

El señor Presidente: Han pasado las horas de reglamento. ¿Piensa S. S. extenderse mucho?

El Sr. Latorre: Procuraré terminar pronto, señor Presidente.

El señor Presidente: Entonces se va á preguntar al Senado si se prorrogará la sesión.

Hecha la pregunta indicada por el señor Presidente, el acuerdo del Senado fué afirmativo.

El señor Latorre: Nosotros no queremos ser exigentes: nos contentamos con lo que ha hecho el gobierno, que no es poco, devolviéndolo como ha devuelto su sinceridad al sistema electoral. Otro de los actos que caracterizan al ministerio del señor O'Donnell y que demuestra su horror á la legalidad, es el levantamiento general de los estados de sitio, que durante tanto tiempo han pesado sobre gran parte de España.

El ministerio actual ha satisfecho con esta medida á una de nuestras mas apremiantes necesidades: la de que entraran bajo el amparo tutelar de la ley todos los súbditos de la monarquía. Los estados de sitio son una monstruosidad que favorece muy poco á nuestra civilización y á nuestra cultura á los ojos de los extranjeros. Por eso estamos al lado del gobierno del general O'Donnell: no es que hayamos abjurado alguno de nuestros principios. No, señores, ni uno solo hemos tenido que abjurar. Si así no fuera, ¿por qué habia yo de callarlo?

El Sr. Calonge se ha quejado, al parecer, de que hayan entrado en esta Cámara algunos progresistas. ¿Cómo dice eso S. S., cuando me ha visto solo en este cuerpo? ¿Cómo lo dice, cuando ha sostenido que aquí deben estar representadas igualmente todas las opiniones? En eso no ha hecho el gobierno otra cosa que satisfacer una necesidad.

Aquí concluyo, no sin hacer antes una recomendación á mi amigo el señor presidente del Consejo de ministros, rogándole que eche una mirada sobre esas víctimas que tuvieron lugar al tiempo de dejar el poder S. S. Entonces hubo una *razza* que se extendió á la magistratura, por cuyos fueros tengo obligación de velar, y respecto de la cual es necesario hacer lo posible para que desaparezca todo color político. Yo no pido gracia: no pido mas que justicia, rectitud é imparcialidad. Tanto para los desposeídos, como para los desposeedores (conde de Lucena): Empezaré por decir al señor Calonge que no reconozco en S. S. ningún derecho para que pueda imponerme que me sonría ó me ponga serio cuando S. S. habla. El derecho que S. S. tiene, es á que no se le interrumpa.

Ha empezado S. S. por decir que el discurso que el gabinete ha puesto en los labios de S. M. es incorrecto, y que puede servir para cualquier sistema político. No lo creo así, y me es fácil demostrarlo. En primer lugar, el ministerio ha dicho una cosa importante: «acepto la Constitución del Estado, aunque esté reformada, y aunque yo haya votado contra esta reforma, porque es la ley del Estado; porque el gobierno está persuadido que es menester que la ley fundamental del Estado sea una verdad y tenga estabilidad, pues solo así podrán arraigarse las instituciones constitucionales y parlamentarias de España.» Y cuando el gobierno ha dicho eso, creo que ha hecho una declaración importantísima, y no contento lo descolorido del discurso.

El gobierno ha hecho otra declaración. Ha dicho: «No temeré, porque no lo creo conveniente, ni la ley de vinculaciones, ni la de reglamentos de los cuerpos legislativos.» Y ha añadido: «no creo por esto el gobierno infringir la Constitución, porque si por no desolver un artículo se infringiera la Constitución, hace trece años que la Constitución está infringida por todos los ministerios que se han sucedido desde entonces.» ¿Impide esta determinación del gobierno que vayan á tomar asiento en el Senado, por derecho propio, los grandes de España que tengan 10,000 duros de renta?

Los que han tomado asiento en esta Cámara, responden victoriosamente á la objeción de S. S. En cuanto á los reglamentos de ambos cuerpos, el gobierno no juzga necesario presentar una ley que los altere ó varíe, porque cree que conforme han regido hace muchos años, pueden continuar regiendo. Y el gobierno que hace esta declaración, ¿no tiene color político?

Ha dicho S. S. que en el presidente del Consejo de ministros caben todas las Constituciones, desde la de 56 hasta la de 45 reformada. ¿Cosa extraordinaria, señores! Después de tantas vicisitudes por que hemos pasado, después de tantas transformaciones como han tenido lugar, me encuentro hoy en el mismo punto de partida que cuando ocupaba esos bancos haciendo la oposición al ministerio presidido por el señor conde de San Luis; y, ¿cosa rara! una persona de las que no saben apreciar las circunstancias ni las cosas, una persona de las que entonces estaban conmigo, una persona, en fin, de la ley, mientras hablaba el señor Calonge, he estado leyendo un discurso, que pronuncié, y que se lo leeré cuando llegue la ocasión, ha pedido hoy la palabra en contra del gabinete.

Se ha hablado aquí de que figura en este gabinete un ministro que formó parte de la administración anterior.



siones se agitan en el Congreso: allí son las batallas y los combates que tienen que sostener los ministros.

Pues bien: entonces se dijo que el señor Isturiz tuvo que cerrar las Cortes porque temía no poder gobernar con ellas; y a esto le dio cierto colorido de verdad el no haber esperado a que se discutieran los presupuestos antes de cerrar el Congreso. O tenía o no mayoría: si no la tenía hizo bien: si la tenía, ¿por qué infringió la ley del Estado, no dando lugar a discutir los presupuestos? Este sería un cargo grave contra aquel ministro, que espero contestaría el señor conde de Guendulain que está tomando apuntes.

Nos ha hablado S. S. de que el país se hallaba próximo a caer en el caos, ¿y quién sabe, dice, si podrá sobornar lo que otras veces ha sobornado? ¿Y eso se le dice a un ministro que ha levantado el estado de sitio en el país? ¿Hay alguno que tema que pueda perturbarse el orden público?

Se nos ha dicho que no tenemos política. ¿En qué se funda esto? ¿No hemos dicho que es preciso reformar la ley de imprenta? Y aquí de paso contestaré al señor marqués de Molins, que nos ha acusado de poco tolerantes con la prensa. Señores, ¿y se dice esto cuando al que tiene la honra de dirigir el Senado, *La España*, periódico eminentemente moderado, le compra unos días con César, amenazándole con el puñal; otros días con Cromwell, añadiendo que morirá ahorcado y mis huesos serán arrojados al río? Y cuando así hablan los periódicos, ¿se viene diciendo que no hay libertad para la prensa? Señores, ¿y esto se dice en serio? ¿Ha permitido alguna vez el señor marqués de Molins, siendo ministro, que se haya dicho de S. S. o de sus amigos algo parecido? Mas no crean los señores senadores que eso me importa nada.

Declaro, sin hipocresía, que una de las cosas que me han costado más trabajo en mi vida, y mis dignos compañeros de gabinete pueden decirlo, es el acceder a usar del derecho que la ley concede contra los periódicos. Por mi voluntad lo hubiera dejado correr así. Esa oposición violenta y apasionada no hace daño al gabinete, sino a la oposición misma, que demuestra no tener en qué cebarse, respecto a lo que mas importa al individuo, a su honradez y a su patriotismo. Hemos dicho, pues, lo que queremos respecto a la prensa: el jurado, poniendo a salvo los grandes intereses de la sociedad, la religión, el trono, las Cortes y la honra de los ciudadanos.

Hemos dicho lo que queremos en administración: la centralización política necesaria para la gobernación del Estado, y la descentralización administrativa conveniente para dar participación al municipio y a la provincia en el arreglo de sus intereses locales.

Respecto a la cuestión exterior, hemos dicho lo que queremos para nuestra patria: Con Méjico, terminar tranquilamente las diferencias que existen; pero que si no es posible una avenencia, sabremos llevar allí el pendón de Castilla para volver por nuestra honra mancillada. ¿Es esto hablar descoloridamente?

Hemos dicho de Marruecos, que el sultan, o el rey, porque así se le llama en los tratados, ha empezado a darnos satisfacción, y que si no la completa, llevaremos allí la guerra. ¿Es esto descolorido?

De la cuestión de Roma hemos dicho lo que podemos decir: rendir un homenaje de respeto a la cabeza visible de la Iglesia, y encerrarnos en una prudente reserva, de la que no nos sacará la oposición, por mas que haga, hasta el término de una negociación que va a empezar. En cuanto al Concordato, no ponemos en duda que en una ley, aunque la haya respecto a la interpretación de alguno de sus artículos.

Hemos respetado la seguridad individual, como a todos consta. ¿Quién se puede quejar de haber sido atropellado, de haber sido objeto de un acto de violencia? ¿Dónde están ahora las cuerdas a Legañas, las mudanzas de domicilio, las deportaciones a Filipinas? (Aplausos en las tribunas.) ¿Es esta una política descolorida? No, señor Calonge: esta es una política franca y de verdad. Lo mismo digo respecto a agricultura y a crédito. ¿A crédito? Hace muchos años que no se han presentado los presupuestos a las Cortes al día siguiente de constituirse el Congreso, como ha hecho este gabinete.

Por primera vez en España, a lo menos en muchos años, al día siguiente de constituirse el Congreso de los diputados, se han presentado los presupuestos nivelados, y nivelados con verdad.

Y se ha hecho mas: la nación tiene caminos de hierro que concluir, tiene otras muchas vías que hacer, tiene que fortificar plazas que están abandonadas, y que es necesario atender, para que se nos respete, como merece ser respetada una nación grande y poderosa como es esta; y por último, debemos atender a nuestras colonias, porque nuestra nación es la segunda nación colonial, después de la Inglaterra; y en vista de esto hemos dicho: ahí va un proyecto de dos mil millones en ocho años para satisfacer todas estas necesidades. ¿Y es esto un programa descolorido, como dice S. S.?

Sobre todas las demás materias hemos ya anunciado proyectos de ley, porque lo que queremos es satisfacer todas las necesidades de nuestro país. ¿Cómo, pues, se nos acusa de descoloridos y de que no tenemos una política clara?

¿Qué hemos dicho nosotros, qué hemos hecho? ¿Hemos hecho otra cosa que levantar una bandera a cuya sombra puedan venir a agruparse todos los hombres amantes de su país? Nosotros no aspiramos a que vengan a decir: «yo he sido moderado; yo he sido progresista; no queremos, disueltos esos partidos, que nadie diga de dónde procede, aunque solo sea para evitarle el disgusto de tener que reconocer y confesar las miserias y pequeñeces de esos mismos partidos».

Lo que nosotros hacemos, repito, es levantar en alto una bandera a la que puedan venir a acogerse los hombres probos amantes de su patria y de su Reino, con el objeto de sacar siempre a salvo los caros objetos a cuyos pies han venido a estrellarse hasta ahora las olas de nuestras tormentas políticas, para salvar el trono y las instituciones.

El señor Presidente: Se suspende esta discusión, que continuará mañana a la misma hora.—Se levanta la sesión.

## CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Extracto de la sesión celebrada el día 16 de diciembre de 1858.

Abierta a las dos y cuarto, se leyó el acta de la anterior, y quedó aprobada.

Se anunció que el señor Millán y Caro no podía asistir a las sesiones por hallarse enfermo.

Se unió al expediente una reclamación contra el acta de Pravia.

Se recibieron con aprecio varios ejemplares de una memoria sobre los trabajos de la comisión de la carta geológica de España, remitidos por don Casiano del Prado.

ORDEN DEL DÍA.

Actas.

Se aprobaron sin discusión las de Aracena, Brozas, Guernica, San Pedro (Barcelona), y quedaron admitidos los señores Delgado, Montesino, Basabe y Badia.

Se leyó la siguiente

Proposición del señor Olózaga.

«Pedimos al Congreso se sirva nombrar una comisión de siete individuos que, abriendo una información parlamentaria sobre los hechos de que se trató al discutirse el acta del distrito de Lavapiés, ponga su resultado en conocimiento del Congreso.»

El Sr. Olózaga: Señores, no pienso molestar por mucho tiempo la atención del Congreso, para manifestar la justicia de esta proposición. Hace pocos días referí los hechos sobre los cuales recae; y contando con que estarán presentes en el ánimo del Congreso, reduciré su apoyo a lo puramente indis-

pensable. Y en verdad, nada se necesita mas que observar el fenómeno singular ocurrido después del primer día de votación: el fenómeno único, desconocido, de convertir a un cuerpo militar distinguido, en una cohorte de falsarios, de electores supuestos, que iban a votar a mi adversario provistos de documentos falsos. Referí como se les dio la orden de disfrazarse, y cómo recibieron del ayudante, D. Eduardo Busene, las falsas cédulas de vecindad.

Si, señores, después de haber tenido que decir eso de un cuerpo que tiene toda mi preferencia, y a cuya fundación quise contribuir, habiendo propuesto en 1841 la creación de una guardia semejante; después de ocho o diez días que estos: conocido, ¿quién ha podido, no ya negar, pero ni poner en duda, ni el hecho ni sus pormenores?

Señores, dos consideraciones espondré al Congreso, que deben hacerle fuerza: que piensen los señores diputados que la base de nuestro sistema político son las elecciones, y consideren si puede consentirse que se cometan delitos de esta especie por las autoridades dependientes del ministerio de la Gobernación. Considerese también, mientras los unos callan, cuán notable es el silencio que por otra parte se ha guardado, y cuán notable es también la continuación en sus puestos de los agentes de policía que han tomado parte en estos hechos.

Electores verdaderos de Madrid, amantes de las instituciones, cuando han sabido que sus nombres se habían tomado por los falsarios inspectores de policía, se han acercado a mí y me han entregado sus verdaderas cédulas. Comparemos dos de ellas con otras dos verdaderas.

Cédula dada a un guardia urbano para votar en nombre de D. Isidoro Jaqueto.—Isidoro Jaqueto, 32 años, tendero, calle de los Dos Hermanos. Madrid 13 de febrero de 1858.—El inspector, Joaquín Smith.

Hay un Isidoro Jaqueto, que no vive en la casa que se dice; pero existe, y presenta su verdadera cédula, que dice:

Isidoro Jaqueto y Parrondo, de 44 años (hay que observar que en todas las cédulas falsas se procuraba reducir la edad, para que viniese bien con la que generalmente tienen los guardias urbanos.) Madrid 20 de febrero.—El inspector, Antonio M. y Cobos.

Recordarán los señores diputados que pregunté si se sabía cuándo había sido nombrado inspector Smith. He hecho averiguaciones sobre esto, y resulta que Smith fue nombrado en el mes de agosto de este año, y este hombre, que no era inspector hasta mediados de agosto, firma la cédula falsa en 13 de febrero. ¿Cuánta falsificación: del elector, de la cédula, de la autoridad existente a la sazón!

Aun son mas notables las falsedades cometidas en esta cédula, que dice así:

«D. Antonio Perlas, 20 años, casado, del comercio, calle de Embajadores, 21. Madrid 7 de febrero.—J. Smith.»

Cédula verdadera.—«D. Antonio Perlas y Fernandez, de 50 años, tahonero, plazuela de Isabel II, ¿cómo ha de vivir en el callejón de Embajadores, si ese callejón no existe hace cinco años? Un inspector de policía de aquel distrito, no sabe que no existe ese callejón: la calle de San Cayetano, que es la que antes se llamaba así, no tiene tampoco número 21, por aquella acera no pasa del 1, y este honrado tahonero, a quien se supone casado, hace mas de 20 años que perdió a su mujer.»

Pero, ¿de dónde sacaba la policía esas señas de electores que no existen, y de calles que han dejado de existir? De las listas electorales. Aquí está en la lista el nombre de Perlas (D. Antonio), callejón de Embajadores, 21. Vivió allí en efecto, cuando ese callejón existía; pero hoy tiene una tahona en la plazuela de Isabel II, y es elector en el distrito del Río.

No necesito decir mas para que el Congreso participe de mi indignación, al ver convertirse los agentes de policía en agentes de falsificaciones.

Me dice el señor Madoz que proponga que los que se nombran para esta comisión de investigación, sean de la mayoría. Pero en esto no hay mayoría ni minoría. No es oposición el deseo de poner en claro estos hechos, y yo haría una injuria al gobierno si creyese que mira como oposición este deseo. Nombre la mayoría los que merezcan su confianza, el deber de todos es el mismo, y si yo fuese ministerial, votaría con mas gusto esta proposición que la sostenida en estos bancos. Lo contrario sería suponer que yo no tenía confianza en la legalidad, en la pureza del ministerio. Yo diría: ahí se nos presentan pruebas de falsificaciones, nuestro interés es averiguar la verdad. ¿Consentirían los señores diputados que en la casa nacional de la moneda hubiese un departamento donde se hiciese moneda falsa? ¿Qué se diría si en el Banco de San Fernando hubiese un departamento de falsarios? Pues la moneda y los billetes que aquí se han falsificado, ha sido para destruir la legalidad de este Congreso: a él le hago juez del hecho.

El señor ministro de la Gobernación: Pido que se lea el art. 31 del reglamento.

Se leyó.

Que se lea el párrafo 3.º del art. 45 de la Constitución.

Se leyó.

Que se lea el artículo del reglamento que habla de las informaciones parlamentarias... Tal vez el autor de la proposición sabrá cuál es.

El Sr. Olózaga: No hay ningún artículo que trate de las informaciones parlamentarias.

El señor ministro de la Gobernación (Posada Herrera): Me parece imposible que siendo S. S. autor de esta proposición, no hubiera un artículo del reglamento, con arreglo al cual el Congreso pudiera ocuparse de este asunto. No podía figurarme que habiendo sido el señor Olózaga uno de los principales autores del reglamento y de la Constitución, no hubiera puesto algún artículo que hablase de las informaciones parlamentarias. Ya saben, sin embargo, los señores diputados, que no hay disposición legal que autorice al Congreso para esta clase de resoluciones; que para adoptarlas es preciso salirse de la Constitución y del reglamento.

Este negocio es muy parecido a otro famoso, de las viudas de Comares, que pupó al Congreso años atrás. Esas dos cédulas de vecindad parecen expedidas a personas distintas. Ese Isidoro Jaqueto puede ser persona distinta de Isidoro Jaqueto y Parrondo. S. S. cuyo testimonio es respetable, no es infalible, y menos cuando se trata de causa propia. Vea que S. S. tiene tales clases de noticias, y ha rebuscado tantos documentos, que creo encontrar motivo para dudar si realmente esas cédulas se las han dado a S. S. los guardias urbanos, o otras personas. Si se las han dado otras personas, cae por tierra toda la argumentación de S. S.

Yo no veo de parte del gobierno ningún interés en este asunto; y veo grande interés en S. S. en mover escándalo, como suele decirse; en hacer aparecer al gobierno como poco consecuente, y si el gobierno no tiene interés en este asunto y puede tenerlo el señor Olózaga, la regla del derecho es *qui prodest*. Y como de la sumaria resulta que el guardia urbano iba a votar al señor Olózaga, y como en un distrito se detuvo a otro falso elector que iba también a votar a S. S., todo esto podrá ilustrar la opinión del tribunal, si a él no tiene llevar el asunto el señor Olózaga.

S. S. es muy habil para apoderarse de la opinión dominante; y como en estas materias se realiza generalmente el dicho, *culpam et alio quidam*, el señor Olózaga dice: solemos estas acusaciones graves; diga yo con gran solemnidad que el hecho está probado; culpam et alio quidam, y al gobierno y a la mayoría de Madrid, que algo quedará.

El Sr. Olózaga: Pido que se escriban las palabras.

El Sr. Madoz: Yo y.

El señor ministro de la Gobernación: La pregunta y la respuesta se han de poner en el mismo caso. Cuando se hacen cierta clase de retenciones, el gobierno tiene el derecho de defenderse. Si S. S. cree que el gobierno y el gobernador de Madrid no han tenido parte en este asunto, yo no tengo inconveniente en retirar cualquiera calificación fuerte que haya dado al discurso de S. S.

S. S. ha dicho que ha averiguado que el comisario

de policía (¿quien ha llamado falsificador, sin tener las pruebas, sin oírle, para lo cual no tenía ningún derecho) había sido nombrado en 13 de agosto; y sería ofender al Congreso si creyera que se le había ocultado la fuerza de esta argumentación. ¿Veis ese comisario? decía el señor Olózaga, pues ha sido nombrado por el ministro de la Gobernación.

No conozco este comisario: era secretario del gobierno político de León cuando fui llamado a los consejos de S. M. No le creía adicto a la política del gabinete, y le separé; pero ese hombre, que tenía reputación de probo y honrado, acudió a mi para que le diese de comer, y le nombré comisario de policía de Madrid. Desde entonces no le he vuelto a ver.

Pues bien: Si S. S., al hacer esta indicación, quería asegurar que el ministro de la Gobernación tuvo parte en esta falsificación que supone, yo tengo derecho a contestar a S. S. en la forma que antes lo he hecho; porque realmente sería una calumnia suponer que yo había tenido la parte mas pequeña en esos hechos.

S. S., hablando del ayudante de la guardia urbana, decía: ha hecho bien en guardar silencio; ha cumplido con órdenes superiores; y después dijo su superior que dependía del ministro de la Gobernación. Esto trae por consecuencia, que el oficial ha recibido esa orden del ministro. El oficial no contestará, porque sabe que los ataques a la sombra de la inviolabilidad del diputado, no puede ofenderle. Hay honras bastante levantadas, para que ciertos ataques puedan ofenderlas.

Me he extendido mas de lo que me proponía, y creo haber demostrado que el Congreso no puede aprobar esta proposición.

Los señores Olózaga y ministro de la Gobernación rectifican.

El señor marqués de la Vega de Armijo: Muy poco tiempo molestaré la atención del Congreso. El señor Olózaga se ha presentado otra vez a acusar sin ninguna prueba, y ha vuelto a hacer las consabidas apreciaciones. El comisario ha sido de nuevo tachado de falsificador, y S. S. ha vuelto a decir que los guardias urbanos concurren a votar; su superior no ha probado nada de esto, sin embargo, y esos siete días, que se dice que han pasado, no han sido suficientes para que el señor Olózaga reuniese mejores datos.

Es verdad que nos ha hablado S. S. de una justificación muy singular, intentada por esos guardias urbanos que han declarado ante el presidente de aquel distrito; y señores, si no podía justificarse legalmente la declaración del primer guardia urbano, ante el presidente de una mesa que no es autoridad para recibirla, menos podrá justificarse esa información de índole tan original, como la que se dice hecha por estos otros guardias.

S. S., que tiene abiertos los tribunales, no ha acudido a ellos, sino al ex-presidente de la mesa; es decir, a una casa particular, porque no es de suponer lo encontrase todavía en el colegio. [Singular autoridad para esta clase de justificaciones! Dice el señor Olózaga que el comisario Smith fue nombrado en agosto, y firmaba en febrero. Ese funcionario, que es dignísimo, ha sido secretario de un gobierno de provincia; y presume S. S. que un empleado de esta clase, si hubiera de haber cometido una falsedad, se habría puesto así en ridículo firmando con una fecha en que él no era comisario? Esta es la prueba mas terminante de que ese comisario no firmó las cédulas que dice S. S. Repito lo que dije el otro día: las cédulas de vecindad, firmadas con anticipación, para que su expedición no sufra retraso, han estado a granel en las mesas.

Podrá ser verdad que las listas electores no estén bien hechas, no por culpa del gobernador, que ha hecho lo posible por corregirlas; pero S. S. no ha probado, ni que se diera esa orden a la guardia urbana, ni que se dieran esas papeletas. Yo no tenía, como el señor ministro de la Gobernación, la triste idea de que perderíamos aquí las elecciones; y me digo haciendo la ilusión de que las ganaremos cuando tengamos el gusto de batirnos frente a frente los amigos de S. S. y los nuestros.

Pero dejemos esto a un lado, y vamos a tratar de lo que mas me atañe personalmente. Yo ofrecí a su superior mi firma para una proposición; pero creí que S. S. se limitaría a pedir el nombramiento de la comisión, para que examinase los hechos y los entregase a los tribunales. Hubiera, por tanto, cumplido mi promesa, si no fuera por los términos en que está concebida la proposición de S. S. El Congreso ha oído la proposición del señor Olózaga: ahora va a oír la que yo quería firmar con S. S., y que S. S. ha rechazado. Dice así:

«Aprobados por el Congreso las actas del Barquillo de Lavapiés, donde han tenido lugar hechos de que entiendo y han entendido los tribunales, pedimos al Congreso se sirva nombrar una comisión que esclarezca si ha habido un hecho de igual naturaleza, a fin de que sea del mismo modo castigado.»

Yo pregunto al Congreso: ¿no se conseguía con esta proposición el objeto del señor Olózaga? ¿Hay algo aquí que pueda hacer presumir siquiera que yo me negara a esclarecer los puntos sobre que versan, esos que S. S. cree de buena fe que son documentos fehacientes? Pues si esto se conseguía con mi proposición, y S. S. no la ha admitido, debo creer que el objeto de S. S. ha sido, mas que otra cosa, dirigir un ataque al gobierno. El señor Olózaga, si cree que existen esas falsificaciones, se ha hecho cómplice de ellas en el mero hecho de conservar los documentos sin presentarlos a los tribunales. El gobernador de Madrid, y conste esto, señores, ha estado siempre, y lo está ahora, dispuesto a que la verdad se esclarezca, y sean castigados los culpables de cualquier abuso que haya podido cometerse en las elecciones.

El Sr. Olózaga. Dice el señor marqués de la Vega de Armijo que no ha presentado ningún documento nuevo. Esta es una equivocación y S. S. ha reconocido, hablando de las declaraciones de los guardias ante el presidente de la sección. No se han hecho esas informaciones ante el juez, porque los jueces no las admiten.

Con fecha anterior, dice S. S., no podía poner una persona entendida las papeletas de vecindad. Señores, esto probará la prisa con que se falsificaron las cédulas.

Pero vamos a un punto sumamente grave, sobre el cual el Congreso decidirá imparcialmente, y en el que yo me someto a su decisión. El señor marqués de la Vega de Armijo tuvo la bondad de ofrecerme que firmaría la proposición que yo hiciera para esclarecer estos hechos, y aunque S. S. manifestó que no decía las cosas dos veces, lo hizo tres, y con una que lo hubiera cumplido no hubiera habido cuestión. (El señor marqués de la Vega de Armijo pide la palabra.)

Pero después S. S. entendió las cosas al revés, y dice que yo no quise firmar su proposición, cuando S. S. no tenía proposición ninguna, ni yo nada le había ofrecido.

S. S. me ha dirigido una inculpación muy grave; y es, que yo soy cómplice de esas falsificaciones por detener esos documentos. Una de dos, señores, o hay falsificaciones o no; si no las hay, mal puedo yo ser cómplice de ellas; si las hay, ¿no soy yo el denunciador? Pero si acaso es eso cierto, venga esa comisión y juzgue de los hechos, y caiga sobre mí toda la condenación que merezca.

Los señores marqués de la Vega de Armijo y Olózaga rectifican.

Vuelta a leer la proposición, y preguntado si se tomaba en consideración, a petición de varios señores fue nominal la votación, decidiéndose que no, por 151 votos contra 29.

Juraron y tomaron asiento los señores Basabe y Delgado, que ingresaron respectivamente en las secciones 3.ª y 4.ª.

Acta de Pravia.

Leído el dictamen de la comisión, y después de la pregunta de «¿ha lugar a votar,» pidió la palabra en contra, y dijo:

El Sr. Madoz: El primer defecto de esa elección es que habiéndose prometido al señor López Grado, que habría dos secciones en el distrito, como lo reclaman las condiciones topográficas del terreno, no se haya querido luego que haya una sección en

Grado, y toda la promesa haya quedado reducida a decir al gobernador de la provincia, que dispusiera la división en dos secciones, si es que era conveniente. ¿Y era conveniente, señores, el establecimiento de esa sección? El distrito de Pravia se compone de cuatro concejos; pues bien, el de Candamo, que tiene 13 electores, está mas cerca de Grado que de Pravia, hasta el punto de que Candamo ha formado hasta el año 36 parte del mismo concejo, puesto que tienen pueblos que no distan mas de una hora.

¿Cómo es, señores, que teniendo Candamo y Grado 82 electores, y todos los demás concejos del distrito 58, no se estableció la sección de Grado, cuando para ir a la cabeza del distrito desde este último punto hay que pasar dos veces el Nalon por barca?

Pero hay mas en esta elección; la ley electoral exige que en cada distrito voten 150 electores, y en las listas de segunda rectificación de este, no constan mas que 146, y eso que hay 9 que habian muerto, y uno repetido, a consecuencia de lo cual no han tomado parte en la elección mas que 136 electores.

El Sr. Alonso Martínez (de la comisión): Respeto al acta que se discute, la cuestión es muy sencilla. El gobierno ha obrado dentro de sus atribuciones al no dividir ese distrito en dos secciones, y por consiguiente no necesito ocuparme de este punto, que a mas de todo, no es de la incumbencia de la comisión. La única cuestión, pues, que queda, es la del número de electores, en la cual el señor Madoz, a quien considero como uno de los mas ardientes soldados del partido liberal, manifieste ideas bastante racionales.

Según el espíritu de la ley electoral, una vez formadas por los gobernadores las listas de primera rectificación, empieza un juicio contradictorio para decidir cuáles son los que están bien y mal puestos: este juicio tiene dos instancias: en la primera falta al gobernador con el consejo provincial; en la segunda, la audiencia. Ya ve el señor Madoz que no sería justo que pudiendo añadir electores en las listas de segunda rectificación, y no pudiendo la audiencia entender sino sobre fallos del tribunal de primera instancia, no pudieran sufrir estos el juicio contradictorio que los otros, y tuvieran los mismos derechos que ellos, sin que hubiera términos hábiles para ver si estaban bien o mal incluidos.

Los señores Madoz y Alonso Martínez rectifican.

Aprobado sin mas discusión el dictamen, y admitido el señor Miranda, se leyeron otros dos, aprobando las actas de La Guardia y Villacarrillo, que quedaron sobre la mesa.

El Sr. Presidente: Orden del día para mañana: los dictámenes que acaban de leerse.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y cuarto.

## CORREO ESTRANJERO.

El Correo autógrafa publica los despachos siguientes:

«LONDRES 16.—Se dan como seguros los nombramientos diplomáticos siguientes: Lord Napier para La Haya; Lions para Washington; Scarlett para la Florencia; Forbes para Río Janeiro; Paget, actual secretario en Berlín, pasará a Dresde.

Invitado el gobierno inglés por el de Francia, enviará a París oficiales que han servido en las costas de Africa, para ser oídos por la comisión de emigración de negros.»

«MARSILLA 16.—Las fuerzas rebeldes chinas se aumentaban: Nankin estaba sitiada y hasta el gobierno de Pekin se halla amenazado por la revolución. Su tesoro exhausto.

Las acciones de la compañía de la India, subían considerablemente, en Calcuta y el comercio recordaba una actividad admirable.»

E. de Soto.

## CRÓNICA DE PROVINCIAS.

«Anteayer ocurrió en Guadalajara un suceso que pudo tener graves consecuencias. Según dice uno de nuestros colegas, por un motivo insignificante, varios soldados del cuerpo de ingenieros, y algunos trabajadores del ferro-carril, oromovieron una acalorada disputa, llegando a vías de hecho. En el momento que la autoridad tuvo noticia de este suceso, acudió presuroso al lugar de la disputa y logró cortar, sin que ocurrieran graves desgracias.

«En Valencia siguen cometiéndose varios robos sin embargo de la activa persecución que se hace a los criminales, muchos de los que se hallan ya bajo el fallo de los tribunales, de cuya severidad se espera el cortar en lo posible la fuerza, siempre creciente, con que el crimen y la inmoralidad se desenvuelven en aquel rico y privilegiado país.

«Parece que bule en la mente del ilustrado cláustro de la universidad literaria de Oviedo, el proyecto de publicar una colección completa de las producciones del señor conde de Campomanes, gloria de Asturias, de su siglo, y singular ornamento de aquella escuela.

«En las provincias de Andalucía se siente el frío con tal intensidad desde que cesaron las lluvias, que no se recuerda otro año en que la estación haya sido tan rigurosa.

«Al terminar el 6 en Alicante la función teatral, fué preso por los agentes de seguridad pública un individuo, que tomando ciertas precauciones y ciertos rodeos, iba aproximándose al señor comisario de policía, con el santo objeto de introducirle por la espalda un agudo puñal que llevaba en la mano.

Por fortuna, aquel se apercibió de sus sospechosos movimientos, y pudo evitarse la desgracia, conduciendo a la cárcel al criminal, y algún otro de sus amables compañeros.

«En Monzon, provincia de Huesca, fueron presos hace pocos días tres individuos que entraron en la casa de un rico propietario de la población con ánimo de robarle.

«La diputación provincial de Lérida ha declarado de conveniencia y utilidad pública la construcción de la vía férrea que se proyecta desde Montblanch a dicha ciudad. La de Tarragona, según dice el *Diario Mercantil*, se está ocupando actualmente de la misma información, y no dudamos que mirará estas cosas con la preferencia que su importancia exige.

E. de Soto.

## CRÓNICA GENERAL.

«Vista de causa.—Hoy a las doce de la mañana dará principio en el juzgado de Hacienda de esta provincia, la vista de la causa formada a consecuencia del robo ocurrido el año anterior en la Caja general de depósitos, continuando en los días sucesivos, incluso el domingo a la misma hora.

«Caña.—En el de la calle de la Luna se está agrandando el local, y dentro de pocos días se abri-

rá uno nuevo con el título del Lozoya en la calle Ancha de San Bernardo, esquina a la del Pez.

«Aplausamiento.—La comedia titulada *La calle de la Montería*, anunciada para beneficio del primer actor D. Julian Romea, no podrá tener lugar hasta después de las próximas fiestas, por reclamar todo el tiempo los ensayos de las funciones de Noche Buena.

«Sea enhorabuena.—El ilustrado periódico *La España Médica*, ha sido declarado oficial de la Beneficencia municipal de Madrid y de su cuerpo de facultativos de hospitalidad domiciliaria.»

«Baile.—El domingo 19 dará uno el ministro plenipotenciario de Rusia en esta corte. Debía verificarse el sábado, pero siendo este día de luto para la corte, lo ha diferido para el día siguiente, con cuyo motivo la señora condesa del Montijo, accediendo a los deseos del príncipe de Galtitzin, ha suspendido su acostumbrada reunión dominical.

«Salve.—Durante los nueve días que preceden a la fiesta de Navidad, se cantará a las cuatro de la tarde, en la capilla de palacio, una salve, con acompañamiento de grande orquesta.

«El charlatan.—Con este título va a publicarse un almanaque joco-sério-trágico-bufo y jovial.

«Y a los cristales llorar.

La circunstancia de haber sido redactado por una sociedad de mudos, bajo la activa dirección de un sordo, le hacen muy recomendable al público. Este almanaque, ademas de estar ilustrado con treinta caricaturas, contendrá artículos y poesías ad hoc de Hartzenbusch, Castelar, Eguíluz, Dacarrete, Agustín Priíncipe, Tejada, García Santisteban, Siuñes de Marco, Avellaneda, Coronado y otros varios, hasta el número de cincuenta.

La portada de este almanaque es iluminada, y su volumen contiene doscientas páginas de impresion en octavo francés.

Desearnos a los editores mucha venta y pocos casos en la fiscalía.

«Ceremonia.—Han recibido la investidura de licenciados en sagrada teología, en la Universidad central, los presbíteros D. Hilario Blanco, capellán de honor; D. Pablo Martínez Plaza, predicador de S. M., y D. Juan Troncoso, escritor y publicista, habiendo sido presentados al claustro por el catedrático de la misma facultad, D. Eduardo Palau Flores.

«Sébase.—En la calle de Panaderos, número 19, cuarto bajo, se manifiesta de diez a doce de la mañana, a los caballeros de la insigne orden militar y pontificia de la Espuela de Oro (San Silvestre), residentes en esta corte, el «Collar histórico» aprobado últimamente por Su Santidad Pío IX.

«Prosperidad.—Cada día es mayor el incremento de la sociedad de seguros mutuos sobre la vida, titulada *Monte Pío Universal*. En los quince días primeros del mes actual ha admitido 1,139 suscripciones, que representan un capital de 7.912,645 rs., cuya cifra demuestra la benévola acogida que el público dispensa a esta naciente sociedad.

«Le conocéis?—Desde los quince hasta los veinte abriles;—de amarillenta tez,